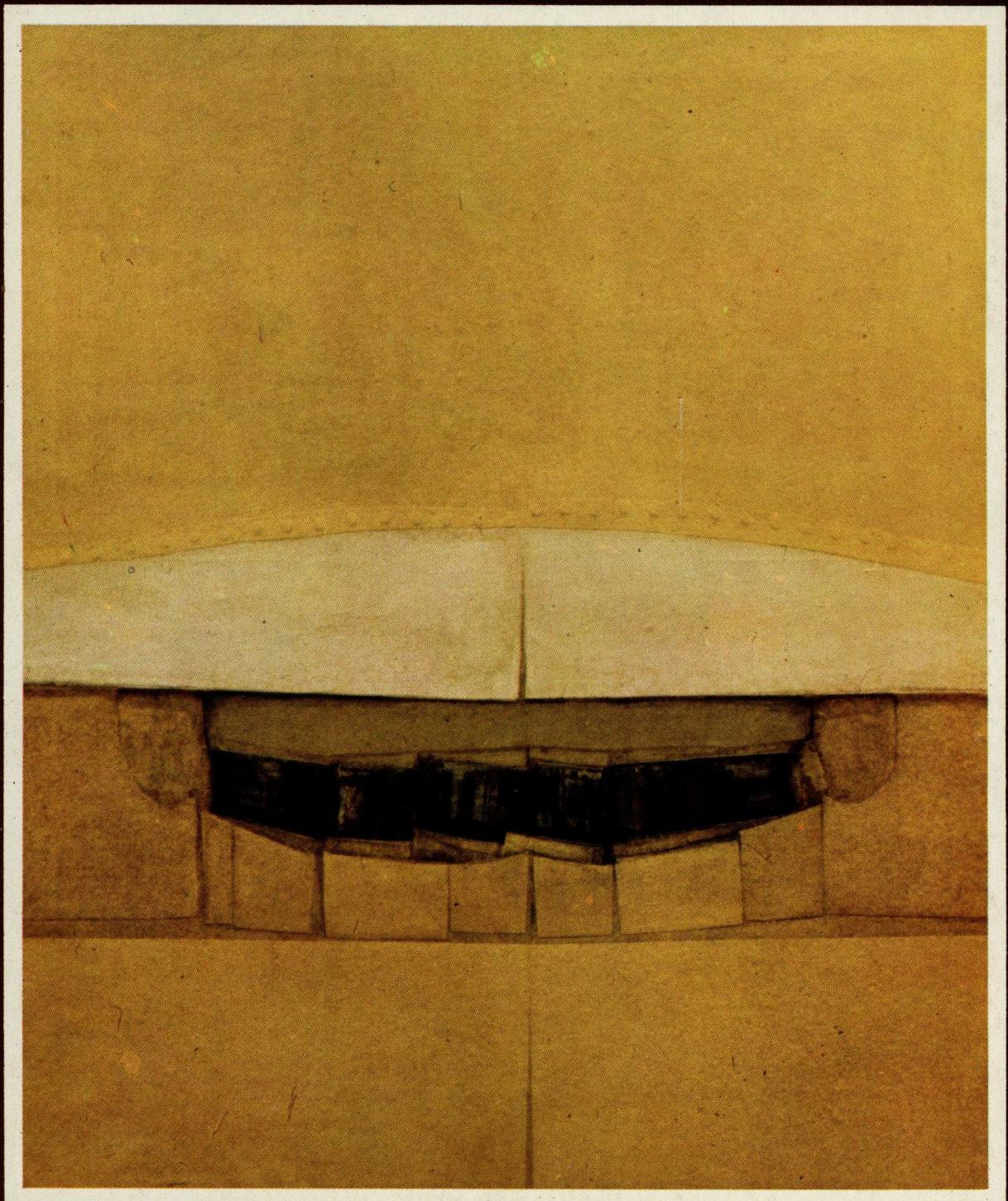


# NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO - AMERICANA - NUM. 263



Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A.C.  
Lago Ginebra No. 47 C, México  
17, D.F. Tel.: 541-15-46. Registrada como correspondencia de  
2a. clase en la Administración  
de Correos No. 1 de México, D.F.  
el día 14 de junio de 1963.

Fundador: Alfonso Camín  
Meana.

**Miembro de la Cámara Nacional  
de la Industria Editorial.**

**DIRECTOR**

**Fredo Arias de la Canal**

**DISEÑO GRAFICO**

Jorge Silva Izazaga

**ASESORES CULTURALES**

Leopoldo de Samaniego  
Joaquim Montezuma de  
Carvalho  
César Tiempo

**COORDINACION**

Berenice Garmendia  
Daniel García Caballero

**COLABORADORES:** Víctor  
Maicas, Emilio Marín Pérez,  
Albino Suárez, Juan Cervera,  
José Armagno Cosentino,  
Luis Ricardo Furlán y Jesús  
Hernández.

El contenido de cada artículo  
publicado en esta revista, es  
de la exclusiva responsabili-  
dad de su firmante.

# NORTE

---

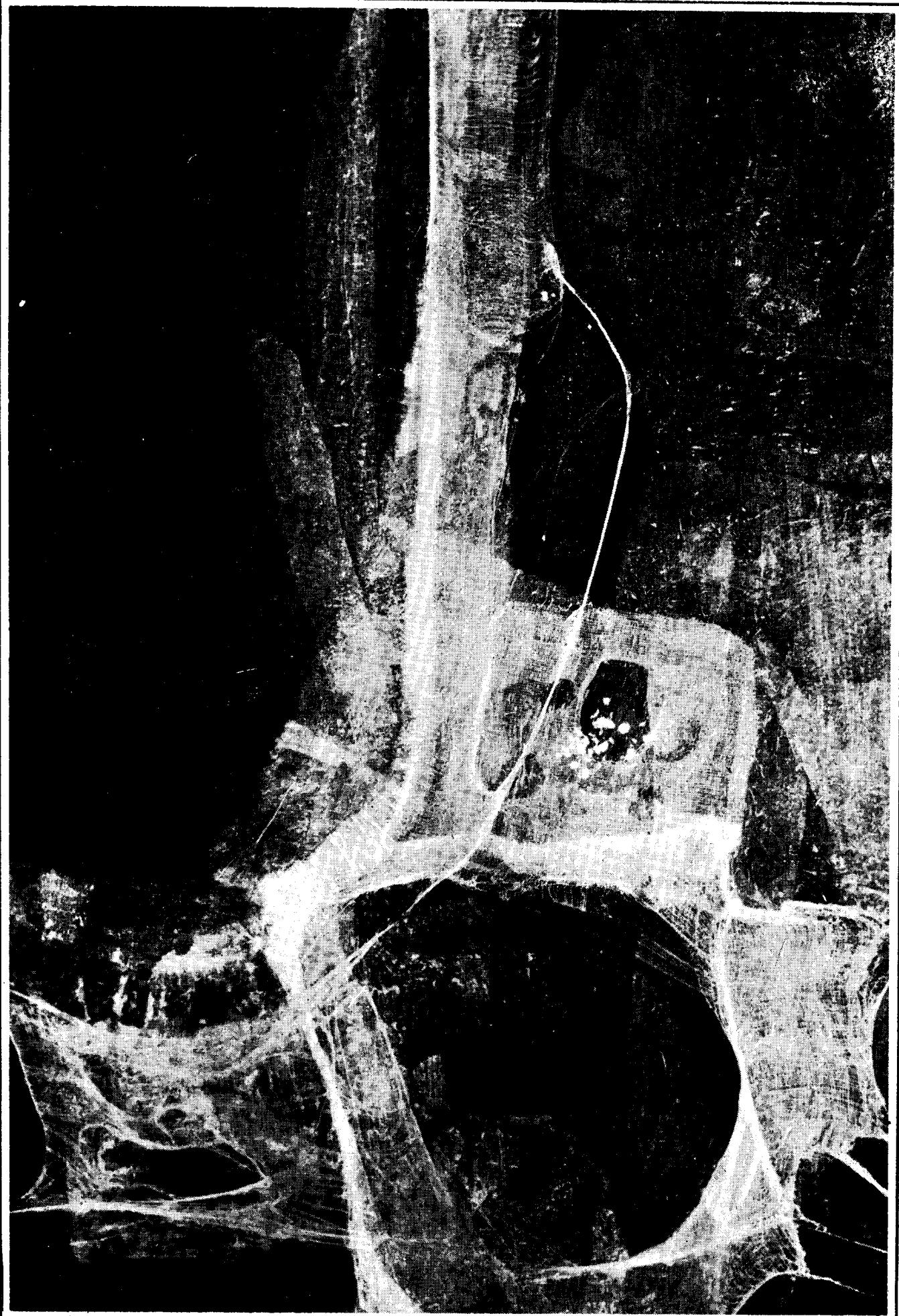
TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO-AMERICANA

No. 263

---

## SUMARIO

EDITORIAL: FENOMENOS ESENCIALES DE LA SOCIOLOGIA LA UNIDAD POLITICA Y LA EVOLUCION DE LA CULTURA.	5
Rudolf Rocker	13
"ALBA RAPIDA". Emilio Prados	19
"FORJA AMERICANA". Jorge M. Aguilar	21
LA INCREIBLE EXPEDICION DE SARMIENTO DE GAMBOA. Lucy Etel García-Vargas	23
LOS ESPAÑOLES DE DAVID. Javier Pérez Pellón	27
DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE CERVANTES HALLADOS EN SEVILLA	31
MEXICANOS, BRASILEÑOS Y EL MUNDO HISPANICO. Gilberto Freyre	37
PROCEDENCIA Y PROCEDER DINAMICOS DE LOS PUEBLOS HISPANICOS. Fredo Arias de la Canal	41
NOTICIAS DE UN HOMBRE LLAMADO FARRERAS. José Luis Tafur	49
FARRERAS Y LA MAGIA DEL COLLAGE. Miguel Fernández- Braso	53
"MORIR CUERDO Y VIVIR LOCO". LA REALIDAD DE LA EXISTENCIA. Ubaldo di Benedetto	61
TODO POETA NOS PLAGIA. Joaquim Montezuma de Carvalho	69
COMO VIO GABRIELA MISTRAL A ALFONSINA STORNI	72
"VOY A DORMIR". Alfonsina Storni	73
LA ORALIDAD Y DON JUAN. Edmundo Bergler	74
"JORGE MANRIQUE". Armando Rojo León	77
CARTAS DE LA COMUNIDAD	78
PORTADA: Francisco Farreras	



## FENOMENOS ESENCIALES DE LA SOCIOLOGIA

Al estudiar la estructura paranoica de la mente de Cervantes, al comparar sus estados alucinantes y delirantes con un caso clínico de reconocida autenticidad, me pregunté: ¿Cómo es posible que la humanidad se haya identificado, de la manera en que lo ha hecho, con los rasgos auto y pseudoagresivos del caballero de la triste figura?

Entonces mi Daimon me reprochó: "Estás generalizando cuando hablas de la identificación de la humanidad." Acto seguido reflexioné que solamente la parte más sensible de la humanidad es la que se identifica y se ha identificado plenamente con la locura de Quijano, aunque toda la humanidad podría hacerlo parcialmente si leyera la célebre obra.

¿Fue influido Cervantes por Erasmo? Veamos lo que el de Rotterdam dijo en *Elogio de la locura*:

"Ha de decírseme que es una desgracia ser engañado, mas yo digo que no; desgracia verdadera es que no le engaños a uno. Es un gran error creer que la felicidad humana depende de las cosas mismas, cuando lo cierto es que solamente se basa en el concepto que ellas nos merecen. Las cosas son tan varias y tan oscuras en sí, que nos es imposible saber nada de una manera exacta, como ya muy bien lo han dicho los platónicos, a la verdad los menos imprudentes de todos los filósofos; cuando sabemos algo, es casi seguro que disminuye la alegría de vivir; pues de tal modo está formado el espíritu humano, que le es mucho más agradable la ficción que la verdad."

Bakunin, perplejo ante la identificación de los individuos con las alucinaciones, los delirios o las abstracciones mentales, dramáticamente exhortó a los sociólogos:

"Todo lo que tenemos el derecho a exigir de ella (la sociología) es que nos indique, con mano firme y fiel, las causas generales de los sufrimientos individuales —de las que no olvidará, sin duda, la inmolación y la subordinación, demasiado habituales todavía, de los individuos vivientes a las generalidades abstractas— y que al mismo tiempo nos muestre las condiciones generales necesarias para la emancipación real de los individuos que viven en sociedad. He ahí su misión, he ahí también sus límites, más allá de los cuales la acción de la ciencia social no podría ser sino impotente y funesta."

En *Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis* (1932), dice Freud:

"Puesto que la sociología trata de la conducta del hombre en sociedad, no puede ser otra cosa que psicología aplicada. Estrictamente hablando, en verdad solamente hay dos ciencias: psicología —pura y aplicada— y ciencia natural."

Gustavo Le Bon, en *Psicología de las multitudes*, estudió magistralmente los fenómenos sociológicos que se suscitan en la relación entre el agitador y las masas, advirtiendo la demencia paranoica de aquél y la neurosis colectiva de éstas:

"El agitador ha sido casi siempre eso: un agitador. El mismo ha sido hipnotizado por la idea, de la cual se ha convertido inmediatamente en apóstol. La idea lo ha invadido hasta el punto de que todo, fuera de ella, desaparezca; de que toda opinión contraria le parezca error y superstición. Así, por ejemplo, Robespierre, hipnotizado por las ideas filosóficas de Rousseau, empleó para propagarlas los procedimientos de la Inquisición.

"Los agitadores, por lo común, no son hombres de pensamiento, sino de acción. Son poco clarividentes, y no podrían serlo, porque la clarividencia conduce generalmente a la duda y a la imaginación. Se reclutan generalmente entre esos nerviosos, esos excitados, esos medio locos que bordean los límites de la locura. Por absurda que pueda ser la idea que defienden o el fin que persiguen, todo razonamiento se embota contra su convicción. El desprecio y las persecuciones no les importan, y sólo consiguen excitarlos más. Interés personal, familia, todo lo sacrifican. El mismo instinto de conservación está anulado en ellos, hasta el punto de que la sola recompensa que casi siempre desean y solicitan es llegar a convertirse en mártires. La intensidad de su fe da a sus palabras una gran potencia sugestiva. La multitud está siempre pronta a escuchar al hombre que, dotado de fuerte voluntad, sabe imponerse a ella. Los hombres, reunidos en muchedumbre, pierden toda voluntad, y, por tanto, se inclinan, por instinto, hacia quien está dotado de ella. (...)

"Mas aun cuando la energía de estos directores es potente, dura poco y no sobrevive al excitante que le dio vida. Vuelto a la vida normal, los héroes como los que acabo de citar dan muestra con frecuencia de la más sorprendente debilidad. Parecen incapaces de pen-

sar y obrar en circunstancias fáciles, por bien que hayan sabido conducirse en otras. Son directores solamente a condición de ser dirigidos a su vez, y excitados incesantemente, en tanto que por encima de ellos hay un hombre o una idea, y mientras siguen una línea de conducta perfectamente definida."

En *Totem y tabú*, Freud nos plantea su teoría del origen de las religiones con respecto al complejo edípico, y también trata de dar una explicación del por qué ciertos individuos se someten ante las abstracciones:

"Los neuróticos se caracterizan por situar la realidad psíquica por encima de la material, reaccionando frente a las ideas como los hombres normales reaccionan tan sólo ante las realidades."

Si cavilamos sobre estas palabras de Freud, tendremos que admitir la posibilidad de que existan personas normales, o sea no muy neuróticas cuando actúan individualmente; mas comprendemos que son neuróticas del todo cuando se reúnen, porque está reconocido que las personas se comportan peculiarmente en las congregaciones.

Gustavo Le Bon estudió la ley psicológica de la unidad mental de las muchedumbres:

"Entre los caracteres psicológicos de las muchedumbres, hay algunos que son comunes con los del individuo aislado; otros, por el contrario, le son absolutamente especiales, y no se encuentran sino en las colectividades. Estos son los que vamos a estudiar, demostrando su importancia. **Psicológicamente, el aspecto más admirable que presenta una muchedumbre es el de que cualesquiera que sean los individuos que la componen, y por semejantes o desemejantes que sean su género de vida, sus ocupaciones, su carácter y su inteligencia, por el solo hecho de agruparse en muchedumbre adquieren una especie de alma colectiva que les hace pensar, sentir y obrar de manera completamente diferente de como pensaría, sentiría u obraría cada uno de ellos aisladamente.** Emiten ideas, sentimientos, que no se producen o no se transforman en actos sino cuando se trata de individuos constituidos en muchedumbre. La muchedumbre psicológica es un ser ocasional formado de elementos heterogéneos que por un instante se unen, como las células que teniendo vida propia forman por su reunión un ser nuevo que manifiesta caracteres muy diferentes de los poseídos por cada una (...)"

"Diversas son las causas que determinan la aparición de estos caracteres especiales en las muchedumbres, caracteres que los individuos aislados no muestran. La primera es que el individuo en muchedumbre adquiere por la sola circunstancia del número un sentimiento de poder invencible que le permite ceder a instintos que solo hubiera seguramente frenado. Esta falta de freno se dará tanto más cuanto mayor sea el anonimato en la muchedumbre, porque como el anónimo implica la irresponsabilidad, desaparecen completamente el temor y el sentimiento de responsabilidad que siempre detienen al hombre. (...)"

"Así, por el solo hecho de formar parte de una muchedumbre organizada, el hombre desciende muchos grados en la escala de la civilización. **Aislado sería tal vez un individuo culto; en muchedumbre es un bárbaro;** es decir, un impulsivo. Tiene la espontaneidad, la violencia, la ferocidad y también los entusiasmos y los heroismos de los seres primitivos. Tiende a aproximarse a ellos, hasta que la facilidad con que se deja impresionar (por palabras e imágenes que sobre cada uno de los individuos aislados que componen la muchedumbre serían inactivas) y aun conducir hacia actos contrarios a su interés más evidente y a sus hábitos más conocidos. El individuo en muchedumbre es un grano de arena colocado junto a otros granos de arena a quienes el viento también mueve a su capricho.

"Por ello veremos jurados que dan veredictos que cada uno de ellos desaprobaría individualmente, y assembleas parlamentarias que adoptan leyes y medidas que cada uno de los miembros reprobarían en particular. Los hombres de la Convención, considerados separadamente, eran burgueses ilustrados muchos de ellos. Reunidos en muchedumbre, no dudaron en aprobar las más feroces proposiciones, en enviar a la guillotina a individuos manifestamente inocentes, y en ponerse en pugna contra todos sus intereses, renunciando inclusive a su inviolabilidad para diezmarse entre ellos mismos.

"Y no es solamente en sus actos en lo que difiere esencialmente de sí mismo el individuo constituido en muchedumbre. Antes aun de que haya perdido su independencia, se han transformado sus sentimientos y sus ideas, y la transformación es profunda hasta el punto de convertir al avaro en pródigo, al escéptico en creyente, al hombre honrado en criminal, al cobarde en héroe. La renuncia de todos sus privilegios que, en un momento de entusiasmo, votó la nobleza durante la famosa noche del 4 de agosto de 1789, no hubiera sido jamás aceptada por ninguno de sus miembros, consultados aisladamente.

"De lo que precede, podemos, pues, concluir que la muchedumbre es siempre intelectualmente inferior al hombre aislado; pero que desde el punto de vista de los sentimientos y de los actos que estos sentimientos provocan, puede, siguiendo las circunstancias, ser mejor o peor. Todo depende de la manera en que está suggestionada la muchedumbre. Esto es lo que se ha desconocido por los escritores que han estudiado a las muchedumbres desde el punto de vista criminal. La muchedumbre es frecuentemente criminal, sin duda, pero también es con gran frecuencia heroica. Tales son las muchedumbres a quienes se impulsa a dejarse matar por el triunfo de una creencia o de una idea; las muchedumbres que se entusiasman por la gloria o por el honor; aquellas a quienes se arrastra casi sin pan y sin armas, como en la Era de las Cruzadas para librarse de infieles la tumba de Cristo, o como en 1793, para defender el suelo de la patria. Heroismos un poco inconscientes, sin duda; pero con estos heroismos se constituye la Historia. Si sólo hubiéramos de poner en el activo de los pueblos las grandes acciones fríamente razonadas, los anales del mundo registrarían muy pocos hechos heroicos."

Aunque sus ideas estén proscritas por la megalomanía y el pseudorracionalismo francés, Gustavo Le Bon es uno de los más claros cerebros que nos ha dado la especie humana. Hizo un planteamiento sociológico tan convincente, que influyó sobre toda una generación de escritores políticos como fueron Freud, Rocker, Koestler y Ortega. Quizá fue él la primera persona capaz de contestar la dramática cuestión de Bakunin.

Freud, en *Psicoanálisis de grupo y análisis del yo* (1921), hizo un examen exhaustivo del libro de Le Bon, dedicándole un capítulo completo y ajustando las teorías de aquél al psicoanálisis. Allí nos dice:

"El líder del grupo es todavía el temido padre primario; el grupo todavía desea ser gobernado por una fuerza irrestricta; tiene una pasión extrema por la autoridad —en la frase de Le Bon: tiene sed de obediencia—. El poder primario es el ideal del grupo que gobierna el yo en el lugar del yo-ideal."

Rudolf Rocker en *Nacionalismo y cultura* (1942), estudió el fenómeno de la dependencia humana ante las abstracciones:

"Considerada la evolución gradual de la religión a la luz de su propio desarrollo, se llega a la convicción de que son dos los fenómenos que determinan su esencia: La religión es primeramente el sentimiento de la dependencia del hombre a poderes superiores desconocidos. Para congraciarse con esos poderes y preservarse contra sus influencias funestas, el instinto de conservación del hombre impulsa a la búsqueda de medios y caminos que ofrezcan la posibilidad de conseguir ese propósito. Así surge el rito, que da a la religión su carácter externo. (...)

"Como quiera que sea, la verdad es que en todo sistema religioso manifestado en el curso de los siglos, se reflejó la condición de dependencia del hombre ante un poder superior al que dio vida su propia fuerza imaginativa y del cual se convirtió luego en esclavo. Todas las divinidades tuvieron su época, pero la religión misma ha persistido inmutable en su esencia, a pesar de las transmutaciones de sus formas externas. Fue siempre a la ilusión a la que se sacrificó el ser efectivo del hombre como víctima; el creador se convirtió en el siervo de su propia criatura, sin que hubiese llegado a su conciencia siquiera la tragedia interna de ese hecho. (...)

"Pero así llegamos a la causa más profunda de todo sistema del dominio y comprobamos que toda política, en última instancia, es religiosa y como tal pretende mantener al espíritu del hombre en las cadenas de la dependencia. (...)

"La obsesión guerrera de 1914, que llevó al mundo entero a un vértigo morboso e hizo a los hombres inaccesibles a los motivos de la razón, fue desencadenada en una época en que los pueblos estaban materialmente mucho mejor situados y en que no se sentía a cada momento el espectro de la inseguridad económica. Esto muestra que esos fenómenos no se pueden explicar sólo económicamente y que hay en la inconsciencia del hombre fuerzas ocultas que no se pueden definir de una manera lógica. (...)

"Ahora bien, todo hombre debe grabar bien en su mente esta idea: el gigantesco Estado actual y el monopolismo económico moderno se han convertido en terribles azotes de la humanidad y nos llevan cada vez con ritmo más acelerado hacia un estado de cosas que desemboca abiertamente en la barbarie más brutal. La vesania de este sistema estriba en que sus propugnadores han hecho de su máquina un símbolo y se han esforzado por sincronizar toda actividad humana con el movimiento sin alma del aparato. Eso sucede hoy en todas partes: en la economía, en la política, en la instrucción pública, en la vida del derecho y en todas las demás esferas. Así el viviente espíritu quedó encerrado en el arca de la idea muerta, y se hizo creer a los hombres que su vida entera no es más que un movimiento automático, reiterado en la cinta sin fin de los acontecimientos. A tal situación de espíritu sólo podía llegar ese egoísmo sin corazón que pisotea sobre cadáveres para entregarse a su codicia y esa desenfrenada ansia de poder que juega con la vida de millones de seres humanos como si fuesen números impalpables y no entes de carne y sangre. Y este estado es también el origen de esa resignación esclava que acepta el sacrificio propio y humillante de su dignidad humana con la más estúpida indiferencia. (...)

"El sentimiento de la dependencia de un poder superior, ese manantial de toda sumisión religiosa y política, que en el pasado encadenó siempre al hombre obstruyéndole el paso hacia un nuevo futuro, cederá ante un nuevo conocimiento que hará al hombre señor de su propio destino. Aquí cuadra también la frase de Nietzsche: ¡Vuestro honor no depende de dónde venís, sino de adónde vais! ¡Lo que constituirá vuestro nuevo honor es la voluntad y los pasos que os impulsan hacia adelante!"

Arthur Koestler en *Observaciones sobre las neurosis políticas* (1954), cree que el individuo actúa de manera autoagresiva aunque no sea parte integrante de una congregación:

"La mayor parte de las teorías contemporáneas relativas a la conducta política se basan en una curiosa paradoja. Es opinión muy generalizada que las muchedumbres tienden a conducirse de una manera irracional ("histerismo de las masas", "obsesiones de las masas", etc.). También es del dominio común que los individuos reaccionan de una manera irracional ante los problemas sexuales y en sus relaciones con la familia, con los superiores y con los subordinados. Sin embargo, aun cuando admitimos que las muchedumbres se conducen en la vida pública como los neuróticos, y que los individuos sufren complejos en la vida privada, seguimos aferrados a la extraña ilusión de que el ciudadano medio, cuando no forma parte de la muchedumbre, es un ser racional en las cuestiones políticas. Todo nuestro sistema de gobierno democrático se funda en esta suposición implícita. Esta creencia, dogmática e injustificable en la racionalidad política del individuo, es la razón primordial de que las democracias se hallen siempre a la defensiva contra sus adversarios totalitarios, no ya



sólo físicamente, sino también psicológicamente. No obstante, la evidencia nos demuestra que el hombre del siglo XX es un neurótico político. (...)

"Las anteriores consideraciones no significan que deba subestimarse la importancia de los factores económicos y de los estados de tensión social. Ningún psiquiatra puede curar la pobreza ni la enfermedad que sufren las densas poblaciones del Asia. Pero es innegable que antes de expresarse las necesidades económicas del pueblo mediante acciones políticas se produce un proceso mental; y la mayor parte de las veces este proceso mental engendra acciones absolutamente opuestas a la necesidad original. Los pensadores optimistas del siglo XIX creían que, en general, las acciones de las masas coincidían con sus intereses; el siglo XX nos recuerda que hasta un pueblo tan altamente civilizado como el alemán, es capaz de entregarse al suicidio colectivo, impulsado por alguna obsesión neurótica y sin tener en cuenta la realidad económica. (...)

"El neurótico que comete cada vez el mismo error y cada vez espera salir bien librado de él, no es un estúpido sino sencillamente un enfermo".

Ortega, en *La rebelión de las masas* (1936), conociendo la manera suicida con que suelen comportarse las multitudes y la preponderancia que éstas habían adquirido en la determinación de las decisiones, advirtió:

"Hay un hecho que, para bien o para mal, es el más importante en la vida pública europea de la hora presente. Este hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social. Como las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia, y menos regentar la sociedad, quiere decirse que Europa sufre ahora la más grave crisis que a pueblos, naciones, culturas, cabe padecer. Esta crisis ha sobrevenido más de una vez en la historia. Su fisonomía y sus consecuencias son conocidas. También se conoce su nombre. Se llama la rebelión de las masas. (...),

"En los motines que la escasez provoca, suelen las masas populares buscar pan, y el medio que emplean suele ser la destrucción de las panaderías. Esto puede servir como símbolo de comportamiento que, en más vastas y sutiles proporciones, usan las masas actuales frente a la civilización que las nutre (...) Abandonada a su propia inclinación, la masa, sea la que sea, plebea o aristocrática, tiende siempre, por afán de vivir, a destruir las causas de su vida."

Hemos comprobado, a través de los testimonios de cinco eminentes sociólogos, que los individuos congregados actúan de manera servil hacia líderes paranoicos que mediante abstracciones delirantes conducen a las masas hacia el suicidio colectivo. El líder efectúa un fenómeno de identificación masoquista con la multitud, de la que abusa sádicamente, y la multitud se identifica idealmente con un caudillo al que le proyecta sus fantasías de omnipotencia. Por lo que se ve, es un enlace necesario psicológicamente. Observemos la opinión de un líder corso que después de haber usurpado el mando y acabado con la división de poderes, hizo perecer a tres millones de franceses para satisfacer sus

delirios de grandeza, y al que, para colmo, todavía lo veneran las masas modernas:

"El civilizado, como el salvaje, necesita un amo y maestro, un mago que mantenga en jaque su fantasía, le someta a una severa disciplina, le encadene, le impida morder a destiempo, le apalee y le lleve a la caza: su destino es obedecer; no merece nada mejor, y no tiene derecho alguno".

Freud estudió en *Moisés y la religión monoteísta* (1937), las razones psicológicas por las que los pueblos suelen resucitar a los locos paranoicos, al identificarse con sus delirios de grandeza, y con sus tragedias, provocadas éstas inconscientemente por sus adaptaciones masoquistas. Todo megalómano tiene una adaptación auto-destructiva inconsciente:

"El hecho es tan notable, que consideramos justificado exponerlo una vez más, pues representa el núcleo de nuestro problema. El pueblo judío abandonó la religión de Aton que le había dado Moisés, dedicándose a la adoración de otro dios, poco diferente de los Baalim que veneraban los pueblos vecinos. Todos los esfuerzos de las tendencias distorsionantes ulteriores no lograron ocultar esta circunstancia humillante. Mas la religión mosaica no había desaparecido sin dejar rastros, pues se mantuvo algo así como un recuerdo de ella, una tradición, quizás oscura y deformada. Y esta tradición de un pasado grandioso fue la que siguió actuando desde la penumbra, la que poco a poco fue dominando el espíritu del pueblo, y por fin llegó a transformar al dios Jahve en el dios mosaico, despertando a nueva vida la religión de Moisés, instituida muchos siglos atrás y luego abandonada. Es difícil imaginarse cómo una tradición perdida pudo ejercer tan poderoso efecto sobre la vida anímica de un pueblo. Henos aquí ante un tema de psicología colectiva que nos resulta familiar; buscaremos apoyo en hechos análogos o, por lo menos, de índole similar, aunque procedan de otros terrenos; y, en efecto, creemos poder hallarlos.

"En las épocas en que se preparaba entre los judíos el restablecimiento de la religión mosaica, el pueblo griego poseía un riquísimo tesoro de leyendas genealógicas y de mitos heroicos. En los siglos IX u VIII fueron creadas, según se cree, las dos epopeyas homéricas, cuyo asunto procede de aquel material legendario. Con nuestros actuales conocimientos psicológicos podría haberse planteado, mucho antes de Schliemann y Evans, la pregunta: ¿De dónde tomaron los griegos todo el material legendario que Homero y los grandes dramaturgos áticos elaboraron en sus inmortales obras maestras? En tal caso habríamos de responder así: Probablemente haya pasado ese pueblo en su prehistoria por un período de brillantez exterior y apogeo cultural que tuvo fin con una catástrofe histórica y del que estas leyendas conservan una oscura tradición. Las investigaciones arqueológicas de nuestros días han venido a confirmar esta hipótesis, que a la sazón, sin duda, habría parecido demasiado osada. Tales investigaciones revelaron testimonios de la grandiosa cultura minoico-micéniana, que probablemente ya hubiese llegado a su

fin en Grecia continental antes de 1250 a. de J. C. Entre los historiadores griegos de épocas posteriores apenas encontramos mención alguna de la misma; tan sólo la alusión a una época en que los cretenses regían los mares; luego, el nombre del rey Minos y el de su palacio, el Laberinto; eso es todo, y fuera de ello nada quedó de dicha época, salvo las tradiciones recogidas por los poetas.

"También se conocen epopeyas populares entre otros pueblos: alemanes, hindúes, finlandeses; corresponde a los historiadores de la literatura el investigar si su origen puede atribuirse a las mismas condiciones que intervinieron en el caso de los griegos. Por mi parte, creo que tal investigación arrojaría resultado positivo. En suma, la condición básica de su aparición, que creo haber establecido, es la siguiente: Debe existir un sector de la prehistoria que, inmediatamente después de transcurrido, hubo de parecer pleno de sentido, importante, grandioso y quizás siempre heroico, pero que, siendo tan remoto, perteneciendo a épocas tan lejanas, sólo pudo llegar a las generaciones ulteriores a través de la tradición confusa e incompleta. Ha causado sorpresa el hecho de que la epopeya se haya extinguido como género poético en épocas ulteriores; pero la explicación quizás resida en que ya no se dieron sus condiciones básicas; el material arcaico ya había sido elaborado, y para todos los sucesos posteriores la historiografía vino a ocupar el lugar de la tradición. Los más heroicos actos de nuestros días ya no pueden inspirar una epopeya, y el propio Alejandro Magno tuvo razones para lamentarse de que no encontraría ningún Homero.

"Las épocas muy remotas cautivan la fantasía humana con atracción poderosa, a veces enigmática. Cada vez que el hombre se siente insatisfecho con su presente —y esto sucede muy a menudo—, se vuelve hacia el pasado, esperando ver realizado allí el eterno sueño de la edad de oro."

Madariaga en su *Bolívar* (1951), observó el mismo fenómeno:

"Héroes, arquetipos de una simplificación y transfiguración popular de la emancipación americana, San Martín y Bolívar se destacan como figuras an-históricas protegidas frente al historiador por una especie de tabú. En el curso del siglo XIX entran ambos en su fase mítica, especie de resurrección que los desencarna de la argamasa de los hechos y documentos y los libera de la investigación.

"Poco importa que este proceso popular se desarrolle precisamente con la colaboración de historiadores e investigadores; pues también los eruditos, como "pueblo" que también son, se pronuncian a veces por la memoria colectiva y contra la Historia. Hispano-América ha dado en nuestros días historiadores de singular competencia e integridad intelectual; pero ¿qué pueden estas dotes históricas contra el impulso an-histórico del espíritu colectivo, padre y creador del humor épico? En la gran mayoría de los casos el espíritu colectivo y el humor épico dominan el ánimo de los historiadores en las naciones jóvenes —y aun en las viejas, como lo demuestra la epopeya de Napoleón, mítica y an-históricamente

cantada por los historiadores de Francia.

"Y no viene aquí Napoleón fuera de cuenta. Sigue, en efecto, que ni Bolívar ni San Martín revelan su arcano al que no se da cuenta de que ambos fueron en el continente hispánico remedio del tipo napoleónico. Esta idea pasa por las páginas que siguen como hilo de collar a través de los episodios de la vida de Bolívar; pero ya ahora puede apuntarse un ejemplo común a los dos protagonistas: el paso de los Andes. En ambos casos se dan causas inmediatas que justifican la operación; pero allá en el trasfondo donde oscuramente germinan las decisiones, la imagen que tanto en el caso de Bolívar como en el de San Martín modeló el paso de los Andes fue el paso de los Alpes por el arquetipo de ambos.

"Tan honda y tan secreta como esta raíz que une a Bolívar y San Martín con Napoleón es la que en sus respectivos pueblos une los mitos bolivariano y sanmartino al mito napoleónico. San Martín y Bolívar son glorificados en Hispano-América como los dos Libertadores. En la superficie, ambos mitos parecen construidos sobre el modelo "héroe-monstruo"; ambos son San Jorge dando muerte al dragón de la tiranía española. Pero en lo hondo de la memoria hispano-americana, lo que hace de San Martín y Bolívar los dos héroes sin rival del mundo americano es su carrera napoleónica allende las fronteras del país en que nacieron, paseando las banderas de sus patrias natales por todo el continente, como Napoleón en Europa, libertando naciones y derrocando virreyes. (...)

"Y aún queda otra razón. Los dos Napoleones sudamericanos, fieles a su arquetipo hasta el fin, tuvieron cada uno su Santa Elena. Buenos Aires no quiso saber nada de San Martín; Venezuela, nada de Bolívar. Al Napoleón del Norte lo salvó la muerte del gris destino del Napoleón del Sur, aquél largo destierro en el ocio de una provincia extranjera, impuesto no por la tiranía, sino, lo que es mucho más doloroso, por la indiferencia. Este desvío de sus patrias respectivas para con los dos Napoleones del Nuevo Mundo determinó su gloria póstuma. Buenos Aires y Caracas tuvieron que hacer penitencia del pecado cometido para con sus héroes vivos, venerándolos muertos como santos y mártires de su historia."

Madariaga opina que además de la razón de haberse coronado, Iturbide no "resucitó" en la gloria póstuma porque:

"no cabalgó allende las fronteras de su patria, liberando naciones y derribando virreyes a lo Napoleón".

Otro caso de reciente reivindicación pseudohistórica ha sido el de un guerrillero llamado Pancho Villa, quien representa el único incidente de "invasión" del territorio de los Estados Unidos de América, hecho que ha inflamado, con el tiempo la vanidad de algunos de los neo-inventores de la moderna Historia mejicana.

Por último, se antoja una profecía:

Un austriaco que investido por una misión redentora psicopatológica causó la muerte a nueve millones de germanos, entre arios y judíos, no pasará mucho tiempo sin que su memoria sea reivindicada por la identificación pseudoagresiva de la masa germana con



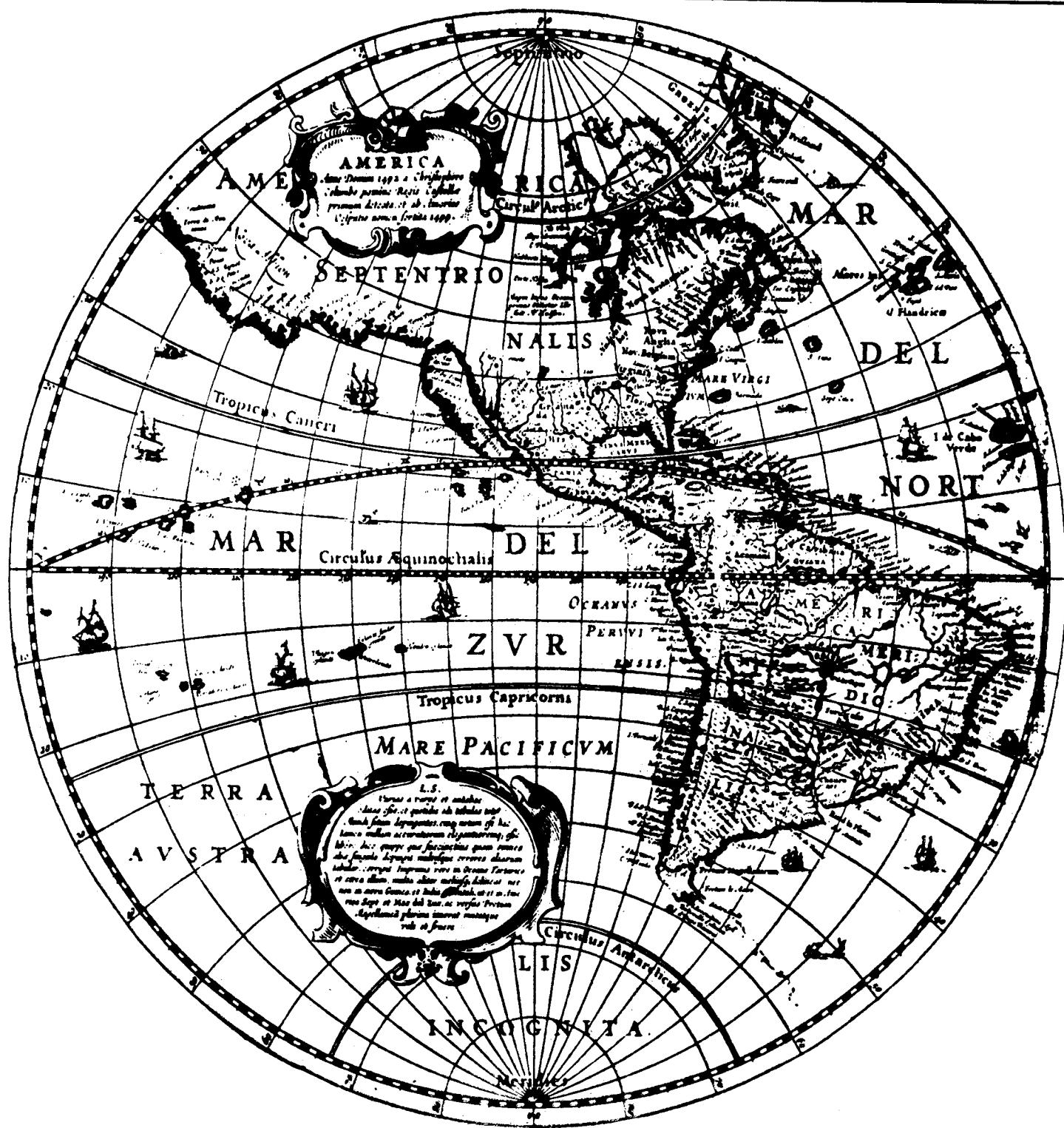
sus proyectos imperialistas de dominio universal.

El ser humano es un animal neurótico y por lo tanto imperfecto, que camina hacia su destrucción sin siquiera sospecharlo, determinando volitivamente sus decisiones trascendentales, bajo la férula de unas fuerzas mentales autodestructivas inconscientes, o sean, fuerzas que desconoce. Bakunin se dio por vencido en su búsqueda de las causas del servilismo humano: raíz de la mayoría de sus males, y advirtió:

"En tanto que no podamos darnos cuenta de la manera como se produjo la idea de un mundo sobrenatural y divino y cómo ha debido fatalmente producirse en el desenvolvimiento histórico de la conciencia humana, podremos estar científicamente convencidos del absurdo de esa idea; pero no llegaremos a destruirla nunca en la opinión de la mayoría. En efecto: no estaremos en condiciones de atacarla en las profundidades mismas del ser humano, donde ha nacido, y, condenados a una lucha estéril, sin salida y sin fin, deberemos contentarnos siempre con combatirla sólo en la superficie, en sus innumerables manifestaciones, cuyo absurdo, apenas derribado por los golpes del sentido común, renacerá inmediatamente bajo una forma nueva y no menos insensata. En tanto que persista la raíz de todos los absurdos que atormentan al mundo, la creencia en dios permanecerá intacta, no cesará de echar nuevos retoños. Es así como en nuestros días, en ciertas regiones de la más alta sociedad, el espiritismo tiende a instalarse sobre las ruinas del cristianismo.

"No es sólo el interés de las masas, es en el de la salvación de nuestro propio espíritu que debemos esforzarnos en comprender la génesis histórica de la idea de dios, la sucesión de las causas que desarrollaron y produjeron esta idea en la conciencia de los hombres. Podremos decirnos y creernos ateos: en tanto que no hayamos comprendido esas causas, nos dejaremos dominar más o menos por los clamores de esa conciencia universal de la que no habremos sorprendido el secreto; y, vista la debilidad natural del individuo, aun del más fuerte ante la influencia omnipotente del medio social que lo rodea, **corremos siempre el riesgo de volver a caer tarde o temprano, y de una manera o de otra, en el abismo del absurdo religioso**. Los ejemplos de esas conversiones vergonzosas son frecuentes en la sociedad actual."

Un obstáculo, casi insalvable, que se antepone a la cabal comprensión de estas interpretaciones psicológicas, no es otra cosa que la mente neurótica del lector que, ante la posibilidad de neutralizar su adaptación inconsciente autoagresiva con los anticuerpos psíquicos que con estos análisis se le proporcionan, desarrolla una serie de resistencias inverosímiles con el propósito secreto de evitar la influencia de la verdad. Estas resistencias pueden fluctuar desde la apatía para leer lo expuesto hasta la tergiversación y el olvido de los asuntos tratados. Al lector que pueda superar estos inconvenientes, ¡lo felicito de todo corazón!



# LA UNIDAD POLITICA Y LA EVOLUCION DE LA CULTURA

Rudolf Rocker

Antes de seguir examinando las relaciones entre el Estado nacional y el proceso general de la cultura, es necesario definir lo más concretamente posible el concepto de cultura. La palabra cultura, cuyo uso general viene de una fecha todavía bastante reciente, no encarna de ninguna manera una noción claramente circunscrita, como se podría suponer por la frecuencia de su empleo. Así se habla de una cultura de la tierra, de una cultura física, espiritual, psicológica; de la cultura de una raza o de una nación, de un hombre que posee cultura, y de otras cosas semejantes, y se comprende, en cada caso, algo diverso. No hace mucho que se atribuía al concepto de cultura un sentido casi puramente ético. Se hablaba de la moral de los pueblos, como hoy hablamos de su cultura. En realidad hasta fines del siglo XVIII, y más adelante aún, se empleaba el concepto "humanidad", que sin embargo es un concepto puramente moral, en el mismo sentido que hoy se emplea la palabra cultura, sin que se pudiera afirmar que aquella denominación haya sido peor o menos clara.

Montesquieu, Voltaire, Herder y muchos otros interpretaron la cultura sólo como concepto moral. Herder, en sus *Ideas para la filosofía de la historia de la humanidad*, ha expuesto el principio de que la cultura de un pueblo es tanto más elevada cuanto más llega en él a expresarse el espíritu de la humanidad. Por lo demás, el sentimiento ético pasa hoy, para muchos, como la encarnación de toda cultura. Así Vera Strasser, en una obra de gran vuelo, declaró que "el proceso de la cultura consiste en que reprime en cada individuo lo animal y estimula lo espiritual", de donde, ya por la contradicción misma que se ha elegido, se desprende que lo espiritual es conceptuado principalmente como noción moral<sup>1</sup>.

También Kant veía en la moral el carácter esencial de la cultura. Partiendo del punto de vista de que el hombre es una criatura en que se manifiesta la propensión al aislamiento con el instinto de la sociabilidad, creía reconocer en la disidencia de esas dos disposiciones "el gran instrumento de la cultura" y el verdadero origen de los sentimientos éticos humanos. Por ese medio fue capacitado el hombre para superar su brutalidad natural y escalar la pendiente de la cultura que, según las propias palabras de Kant, consiste "en los

valores sociales del hombre". La cultura le pareció objetivo final de la naturaleza, que llegaba en el ser humano a la conciencia de sí misma. Según la concepción de Kant, encierra la cultura misma muchos obstáculos que traban aparentemente el libre crecimiento de la humanidad, pero, sin embargo, sirven a este último objetivo. En este sentido creía reconocer en toda forma de expresión de la cultura, un indicador hacia el gran objetivo final al que la humanidad aspira.

Después se ha intentado hallar diferencias entre cultura y civilización, de tal manera que por civilización se quiso entender sólo el dominio de la naturaleza externa por los hombres, mientras que la cultura se habría de conceptualizar como espiritualización y refinamiento espiritual de la existencia física. En este sentido se han hecho determinadas divisiones de los fenómenos sociales de la vida, y se han concebido el arte, la literatura, la música, la religión, la filosofía y la ciencia como dominios especiales de la cultura, mientras que se resumió bajo el concepto de civilización la técnica, la vida económica y la formación política. Otros quieren reconocer también en la ciencia sólo una forma de la civilización, pues sus efectos prácticos influyen y transforman continuamente la marcha material de la vida del hombre. Todos estos ensayos tienen sus ventajas, pero también sus insuficiencias, pues no es muy sencillo establecer aquí fronteras determinadas, aun cuando se sea de la opinión de que se trata simplemente de ensayos de división para aliviarnos en el estudio del desarrollo real.

La palabra latina cultura, que casi había caído en olvido, no fue aplicada originariamente casi más que al cultivo de la tierra, a la cría de animales y a otras cosas parecidas que significan una intervención consciente del hombre en el proceso natural, y tenía aproximadamente la significación de inquietud, de preocupación por algo. Esta intervención no encierra todavía ninguna contradicción; se la puede interpretar también como una formación especial del proceso evolutivo que se integra en la larga serie de los acontecimientos naturales. Es muy probable que el pensamiento teológico-cristiano haya sido el motivo inmediato para construir, en lo sucesivo, una oposición artificial entre naturaleza y cultura, al poner al hombre por encima de la naturaleza y al infundirle la creencia de que ésta sólo ha sido creada por él y para él.

<sup>1</sup> *Psychologie der Zusammenhänge und Begebenheiten*. Berlin, 1921.

Cuando se circunscribe uno a entender por cultura simplemente la intervención consciente en la ciega función de las fuerzas naturales, distinguiendo entre formas superiores e inferiores del proceso cultural, se da de ese modo una explicación que apenas puede dar motivo a malas interpretaciones. Comprendida, así la cultura es la rebelión consciente del hombre contra el proceso natural al que debe la conservación de su especie. Innumerables especies que han poblado un tiempo la tierra, han sucumbido en tempranos períodos, porque la naturaleza las había privado del alimento habitual y de las antiguas condiciones de vida. Pero el hombre combatió contra las condiciones nuevas de la existencia y buscó medios y caminos para escapar a sus efectos nocivos. En este sentido, todo su desenvolvimiento y su difusión en la tierra es una lucha continua contra las condiciones naturales de su ambiente, que procuró transformar a su manera y en su beneficio. Se formó utensilios artificiales, armas y herramientas, utilizó el fuego y, por su indumentaria y su vivienda correspondiente, se adaptó a las condiciones en que fue forzado a vivir. De este modo se creó, por decirlo así, el propio clima, lo que le hizo posible cambiar de residencia y resistir las condiciones naturales de la vida. Por consiguiente, la resistencia del hombre es el comienzo de toda cultura, y la vida humana es su contenido, pura y simplemente. Una luminosa exposición de los dos conceptos, naturaleza y cultura, la dio Ludwig Stein cuando dijo:

"A la regularidad, sin excepción, en el fluir de todos los acontecimientos, cuando se producen sin determinadas finalidades, es decir sin cooperación humana, la llamamos naturaleza. Lo elaborado por la especie humana en su conveniencia y conforme a un plan, lo proyectado, lo deseado, lo alcanzado y conformado, lo llamamos, en cambio, cultura. Lo que crece libremente de la tierra, sin intervención de la fuerza humana de trabajo, es un producto natural; pero lo que sólo adquiere forma y figura por la aparición de la fuerza humana de trabajo, es un artefacto o producto de la cultura. La fuerza humana de trabajo corrige, por la prosecución consciente de una finalidad y por un sistema perfeccionado de adaptación de los fines a sus medios, la actividad creadora inconscientemente finalista de la naturaleza. Por medio de las herramientas que el hombre, ser imitativo, crea como una perfección paulatina de sus propios órganos, y con ayuda de las instituciones y de los instrumentos ahorradores de trabajo que se forja, apresura el hombre el perezoso curso monótono del proceso natural y sabe ponerlo al servicio de sus propios objetivos. El tipo de estado natural consiste en el dominio del hombre por su ambiente; la esencia del estado cultural consiste, en cambio, en lo siguiente: la dominación del ambiente por el hombre."<sup>2</sup>

Esa definición es sencilla y clara; posee además la ventaja que representa simplemente la relación entre naturaleza y cultura, sin construir una oposición declarada entre ambas. Esto es importante, pues si se es

de opinión que también el hombre es una parte de la naturaleza, una de sus criaturas, que no está ni sobre ella ni fuera de ella, entonces no sale su obra del marco general de la naturaleza, llamémosla ahora cultura, civilización o como quiera que sea. En este sentido la cultura es sólo una forma especial de la naturaleza, cuyos comienzos se anudan a la aparición del hombre sobre la tierra. Su historia es la historia de la cultura en sus diversas graduaciones, y sin embargo pertenece, como todos los otros seres, a la misma generalidad que llamamos naturaleza. Es la cultura la que le señala su puesto en el gran reino de la naturaleza, que es también su madre. Naturalmente, no se puede hablar siempre más que de un dominio relativo de la naturaleza por los hombres, pues ni aun la cultura más avanzada fue capaz hasta aquí de forzar completamente la naturaleza. Una marea alta basta para destruir los diques artificialmente erigidos, para inundar los sembrados y hundir en el fondo del mar los barcos ingeniosamente construidos. Un terremoto aniquila en pocos minutos los resultados laboriosos de una actividad creadora secular. La larga serie de las transformaciones sociales y las incontables rebeliones contra viejos y nuevos sistemas de dominio, testimonian al respecto. Como el hombre aspira a comunicar a su ambiente natural cada vez más de su propia esencia, lo impulsa su propio desarrollo, en una medida cada vez mayor, a extirpar los prejuicios de su ambiente social, para alejar el desarrollo espiritual de su especie y encaminarla a una perfección cada vez más grande. Está en el núcleo esencial de toda cultura que el hombre no se someta ciegamente a la brutal arbitrariedad del proceso natural, sino que luche contra ella, para dirigir su destino de acuerdo con la propia aspiración; así romperá también las cadenas que él mismo se ha forjado, cuando la incertidumbre y la superstición enturbiaban la perspectiva libre. Cuanto más hondamente penetra su espíritu en los caminos intrincados de su desenvolvimiento social, tanto más amplios se vuelven los objetivos que entraña, tanto más consciente y vigorosamente intentará influir en la marcha de ese desenvolvimiento, poniendo al servicio de los propósitos superiores de la cultura todo devenir social.

Así avanzamos, impulsados por anhelo interior y acicateados por la influencia de las condiciones sociales en las cuales vivimos, hacia una cultura social que no conocerá forma alguna de explotación y de esclavitud. Y esa futura cultura se manifestará tanto más beneficiosamente cuanto más reconozcan sus representantes, en la libertad personal del individuo y en la unión de todos por los lazos solidarios de un sentimiento social de justicia, los verdaderos resortes de su acción social. Libertad no en sentido abstracto, sino pensada como posibilidad práctica, que ofrezca a cada miembro de la sociedad garantía para desarrollar plenamente todas las fuerzas, talentos y capacidades que le ha proporcionado la naturaleza, sin verse obstaculizado por la coacción de las prescripciones autoritarias y los efectos inevitables de una ideología de la fuer-

<sup>2</sup> Die Anfänge der menschlichen Kultur, Baz 2. Leipzig, 1906.

za bruta. ¡Libertad de la persona en el terreno de la igualdad económica y social! Sólo en este camino se ofrece al hombre la posibilidad de llevar a su floración suprema la conciencia de su responsabilidad personal, fundamento férreo de toda libertad, y de desarrollar el sentimiento viviente de la solidaridad con sus semejantes, hasta un grado en que los deseos y necesidades del individuo correspondan a la profundidad entera de su sentido social.

Como en la naturaleza la lucha brutal por la existencia, reñida con uñas y dientes, no es forma única de afirmación de la vida; como junto a esa forma ruda aparece además una especie diversa y mucho más eficaz de lucha por la existencia, expresada en la agrupación social de las especies más débiles y en la ayuda mutua en su actuación práctica, así la cultura conoce también formas distintas de realización humana de la vida que dan validez a sus aspectos más primitivos y más delicados. Y como en la naturaleza aquella segunda especie de lucha por la existencia es mucho más beneficiosa para la conservación del individuo y de la especie, que la guerra brutal de los llamados fuertes contra los débiles —un hecho que se desprende bastante claramente del retroceso significativo de aquellas especies que no conocen la vida social y que han de contar con su superioridad puramente física en la lucha con el ambiente<sup>3</sup>—, así triunfa también, poco a poco, en la vida social de la humanidad, la forma superior del desarrollo espiritual y psicológico sobre la fuerza bruta de las instituciones políticas de dominación, que hasta aquí sólo han obrado paralizadora mente sobre toda formación cultural superior.

Pero si la cultura no es otra cosa que una continua superación del primitivo proceso natural y de las aspiraciones políticas de dominio dentro de la sociedad, que constriñen el proceso vital del hombre y someten su actividad creadora a la coacción externa de formas rígidas, entonces, según su esencia interna, es en todas partes la misma, a pesar del número siempre creciente y de la diversidad infinita de sus formas especiales de expresión. Por eso la noción de la supuesta existencia de culturas puramente nacionales, de las cuales cada una en sí constituye un todo cerrado, que entraña las leyes de su propio origen, no es tampoco más que una representación del deseo, que no tiene nada de común con la realidad de la vida. Lo común que sirve de base a toda cultura es infinitamente más grande que la diversidad de sus formas exteriores, que en gran parte son determinadas por el ambiente. Toda cultura procede del mismo impulso y tiende, con lógica interna, a los mismos objetivos. Comienza en todas partes, primero como acción civilizadora que opone barreras artificiales a la naturaleza cruda, indomada, lo que permite al ser humano satisfacer sus necesidades más fácil y libremente. De ahí surge luego, de una manera espontánea, la aspiración a una conformación superior y a una espiritualización de la vida individual y social, que arraiga hondamente en el sentido social del hombre y ha de ser considerada

como fuerza activa de toda cultura superior. Si se quiere formar uno un cuadro claro sobre la estructura y las relaciones internas de los diversos grupos humanos con lo que llamamos cultura, se podría emplear el símil siguiente:

El Océano se extiende en dimensión infinita y abarca con sus húmedos brazos los continentes. Sobre la vasta superficie irradia el sol, y el agua evaporada se eleva lentamente al cielo en impulso eterno. Se forman nubes en el firmamento y marchan, impulsadas por el viento, hacia la tierra. Hasta que su plenitud se descarga y cae la lluvia fructificadora. En millones de lugares se reúnen las gotas en el seno de la gran madre de toda vida y brotan de nuevo a la superficie en incontables fuentes. Aparecen arroyos que cortan el país en todas direcciones, se agrupan y forman ríos y torrentes. Y éstos llevan sus aguas nuevamente al mar, al que, en última instancia, deben su existencia. Desde tiempos inmemoriales se realiza esa circulación con la misma seguridad irresistible, inmutable, y continuará efectuándose en lo sucesivo indefinidamente, mientras las condiciones cósmicas de nuestro planeta sean las mismas.

No es distinta la creación cultural de los pueblos, de la de toda actividad creadora del individuo. Lo que denominamos en general cultura, no es, en el fondo, más que una gran unidad del devenir, que lo abarca todo, que se encuentra en transformación incesante, ininterrumpida, y se manifiesta en incontables formas y figuras. Es siempre y en todas partes la misma impulsión creadora que acecha la oportunidad de expresarse, sólo que la expresión es distinta y se ajusta al ambiente especial. Como toda fuente, todo arroyo, todo río están ligados al mar, con cuyas olas se mezclan siempre nuevamente, así todo círculo cultural no es más que una parte de la misma unidad que lo abarca todo, de la que extrae sus fuerzas más profundas y originarias y a cuyo seno vuelve siempre su propia acción creadora. Los arroyos y los ríos son como las innumerables instituciones culturales que se sucedieron o que han coexistido en el curso de los milenarios. Todas tienen su raíz en el mismo terreno primario, al que están ligadas en lo más profundo, como las aguas tienen su vínculo con el mar.

La reforma cultural y la fructificación social avanzan siempre cuando entran en relación estrecha diversos pueblos y razas. Toda nueva cultura es iniciada por semejante confluencia de diversos elementos étnicos y recibe de ella su forma particular. Es muy natural, pues sólo por las influencias extrañas nacen nuevas necesidades, nuevos conocimientos, que pugnan continuamente, en todos los dominios de la actividad, por adquirir forma y expresión. Querer mantener la "pureza" de la cultura de un pueblo por la extirpación sistemática de las influencias extranjeras —un pensamiento que se defiende con gran pasión, hoy, por los nacionalistas extremos y por los partidarios de las doctrinas racistas— es tan antinatural como infecundo, y sólo muestra que esos extraordinarios soñadores de la autarquía cultural nómada no han comprendido el hondo sentido del proceso

<sup>3</sup> P. Kropotkin: El apoyo mutuo.

cultural. Esas caricaturas de ideas tienen aproximadamente la misma significación que el persuadir a un hombre de que sólo puede alcanzar el grado supremo de su virilidad excluyendo de la esfera de su vida a la mujer. El resultado sería en ambos casos el mismo.

La nueva vida brota sólo por la unión del hombre y la mujer. También una cultura nace solamente o es fecundada de nuevo por la circulación de sangre fresca en las venas de sus representantes. Como nace el niño de la unión de dos seres, así surgen nuevas formas culturales: por la fecundación mutua de pueblos diversos y por la simpatía espiritual hacia las adquisiciones y capacidades extranjeras. Hace falta una dosis singular de estrechez mental para imaginar que se puede privar a un país entero de las influencias espirituales de círculos culturales más vastos, hoy, cuando los pueblos están expuestos, más que nunca, a una complementación recíproca de sus aspiraciones culturales.

Pero aun cuando existiese la posibilidad de llegar a ese resultado, no se produciría en tal pueblo, en modo alguno, un aumento de su vida interior, como aseguran singularmente los representantes de la autarquía cultural. Todas las experiencias hablan más bien de que ese hibridismo llevaría a un achatamiento general, a un lento languidecimiento de la cultura. Con los pueblos, en este aspecto, no ocurre de otro modo que con las personas. ¡Qué pobre sería el ser humano si hubiese tenido que depender, en su desenvolvimiento cultural, simplemente de las creaciones del propio pueblo! Aparte del hecho de que no se puede hablar de esa posibilidad, pues aun el más sabio no sería capaz de establecer qué parte de los bienes culturales de un pueblo ha sido conquistada de un modo realmente independiente, o fue adquirida de otros en diversa forma.

**Pues la cultura interior de un hombre crece en la medida en que adquiere la capacidad de apropiarse las conquistas de otros pueblos y de fecundar con ellas su espíritu.** Cuanto más fácilmente consigue eso, tanto más elevada es su cultura espiritual, y tanto mayor derecho tiene al título de hombre de cultura. Se hunde en la suave sabiduría de Lao-Tsé y disfruta de las bellezas de la poesía védica. Se abren ante su espíritu las maravillosas leyendas de las **Mil y una noches**, y con delicia interna saborea los proverbios del alegre cantor **Omar Khayyam** o las estrofas majestuosas de Firdusi. Su alma se tempila en la profundidad del libro de Job y vibra en el ritmo de la **Iliada**. Ríe con Aristófanes, llora con Sófocles; lee con placer las ocurrencias del **Asno de Oro** de Apuleyo, y escucha con interés las descripciones de Petronio sobre las condiciones de la Roma decadente. Con el maestro Rabelais entra en los pórticos ornamentados de la abadía de Thelema, y pasa con Francois Villon junto al Rabenstein. Trata de comprender el alma de Hamlet y se regocija con el placer de la aventura de Don Quijote. Penetra en los horrores del infierno de Dante y deplora con Milton el Paraíso perdido. En una palabra, en todas partes está como en su casa y aprende, por tanto, a apreciar más justamente el encanto del propio terruño. Examina con mirada imparcial

los bienes culturales de todos los pueblos, y abarca cada vez más hondamente la gran unidad de todo proceso espiritual. Y esos bienes no se los puede robar nadie; están por encima de la jurisdicción de los gobiernos y escapan a la voluntad de los poderosos de la tierra. El legislador es capaz de cerrar al extranjero las puertas de su país, pero no puede impedir que se haga uso de los tesoros del pueblo extranjero, de su cultura espiritual, con la misma naturalidad que de todo lo nativo.

Aquí está el punto en que se puede reconocer más claramente la destacada significación de la cultura frente a todas las limitaciones político-nacionales. La cultura desata los lazos que impone a los pueblos el espíritu teológico de la política. En este sentido es revolucionaria en lo más profundo de su esencia. Nos dejamos llevar, en hondas consideraciones, por lo efímero de toda existencia, y comprobamos que todos los grandes imperios que jugaron en la historia un papel mundial, fueron condenados ineludiblemente a la decadencia cuando alcanzaron la "cima suprema de su cultura". Toda una serie de historiadores afamados sostiene incluso que se está aquí ante los efectos inevitables de una determinada ley a la que estaría sometido todo proceso histórico. Pero ya el hecho de que esa decadencia o ruina de un imperio no equivale en modo alguno a decadencia de una cultura, nos habría de indicar dónde hay que buscar las verdaderas causas de la ruina. Una institución política de dominación puede sucumbir sin dejar tras sí ni la más remota huella de su existencia; con una cultura no ocurre lo mismo. Puede apagarse igualmente en un país, cuando es perturbada por algún motivo en su crecimiento natural; pero en ese caso busca fuera de su viejo círculo de acción nuevas posibilidades de desenvolvimiento, abraza poco a poco otros dominios y fecunda allí gérmenes que esperaban en cierto modo la fecundación. Así aparecen nuevas formas del proceso cultural, que se diferencian sin duda de las viejas, pero que, sin embargo, entrañan fuerzas creadoras. Los conquistadores macedonios y romanos pusieron fin a la independencia política de las pequeñas ciudades republicanas griegas, pero no pudieron impedir que la cultura griega se trasplantara hacia el interior de Asia, despertando en Egipto a nueva floración y fructificando espiritualmente en Roma misma.

Este es también el motivo por el cual pueblos con una cultura menos desarrollada no pudieron nunca someter del todo a pueblos culturalmente superiores, aunque fueran mucho más fuertes que éstos militarmente. Una completa sumisión sólo era posible en pequeñas poblaciones que, a causa de su debilidad numérica, podían ser fácilmente aplastadas; pero es inimaginable en un pueblo más importante, consolidado en el curso de muchos siglos por una cultura común. Los mongoles pudieron terminar militarmente con los chinos; fueron capaces incluso de elevar a un hombre de sus tribus a soberano del Celeste Imperio; pero no tuvieron la menor influencia sobre la formación interna de la vida cultural y social de los chinos, cuyo carácter apenas fue tocado

por la invasión. Al contrario: la cultura primitiva de los conquistadores mongólicos no pudo resistir a la cultura mucho más vieja y mucho más refinada de los chinos, y quedó tan absorbida que no dejó de sí rastro alguno. **Doscientos años bastaron para transformar a los invasores mongólicos en chinos.** La cultura superior de los "vencidos" se mostró más fuerte y más eficaz que la brutal violencia militar de los "vencedores".

¡Y cuán frecuentemente fue inundada y arrasada la península apenina, la actual Italia, por poblaciones extrañas! Desde los tiempos de las emigraciones de pueblos, incluso mucho antes, hasta las invasiones de los franceses bajo Carlos VIII y Francisco I, fue Italia continuo objeto de ataque de innumerables tribus y naciones, a quienes la vieja añoranza, incluyendo la perspectiva de rico botín, empujaba hacia el Sur. Cimbrios y teutones, longobardos y godos, hunos y vándalos y docenas de otras tribus hicieron marchar sus bandas rudas por el territorio fecundo de la península, cuyos habitantes tuvieron qué sufrir a causa de esos ataques reiterados. Pero la cultura superior del país no la pudieron resistir ni los conquistadores más vigorosos y más crueles, aunque hayan estado al comienzo, frente a ella, con declarada hostilidad y menosprecio altanero.<sup>4</sup> Hasta que paulatinamente fueron dominados por ella y forzados a otras formas de vida. Su fuerza primitiva no había contribuido más que a proporcionar nuevos elementos fecundantes a aquella vieja cultura, y a infundirle sangre nueva y vigorosa en las venas.

Ejemplos idénticos los conoce la historia en gran cantidad. Nos muestran siempre la infinita superioridad del aspecto cultural sobre las aspiraciones políticas de poder. Todos los ensayos de los Estados vencedores para imponerse a la población de los territorios conquistados, por medio del rigor y violencia, como la supresión del idioma nativo, las trabas al ejercicio de las instituciones heredadas, etc., no sólo no han tenido éxito, sino que alcanzaron, en la mayoría de los casos, precisamente lo contrario de lo que pretendían los conquistadores. Inglaterra no ha podido conquistar la simpatía de los irlandeses; sus métodos de violencia han hecho más profundo y más espectacular el abismo entre ambos pueblos, y han aumentado el odio de los irlandeses contra los ingleses. Los "ensayos de germanización" del gobierno prusiano con los polacos sólo amargaron la vida de éstos, pero no consiguieron los frutos esperados de esa torpe política. La política de rusificación del gobierno zarista en las provincias bálticas, condujo a una violación descarada de toda dignidad humana, pero no aproximó la población a Rusia, y sólo benefició a los barones alemanes allí residentes, cuya explotación brutal de las grandes masas fue estimulada

<sup>4</sup> Así informa Procopio en sus descripciones de las guerras de los vándalos y de los godos, sobre una manifestación característica de Luitprando: "Si queremos deshonrar a un enemigo públicamente y entregarlo al desprecio, lo denominamos romano". Las tribus germánicas eran especialmente hostiles a toda enseñanza y a toda instrucción, porque veían en éstas, como decía Procopio, una enervación de su capacidad guerrera.



de esa manera. Los representantes de la política imperial en Alemania podían tener la convicción de infundir a los alsacianos el amor a Alemania, con los "decretos dictatoriales", y aunque la población, tanto por sus costumbres como por su idioma, es alemana, no tuvieron ningún éxito. Tampoco los ensayos de asimilación de los franceses pueden llenar a los alsacianos de amor a Francia. Casi todo gran Estado tiene, dentro de sus fronteras, las llamadas minorías nacionales, y se comporta ante ellas del mismo modo; pero el resultado es, en todas partes, el mismo: el fracaso. El amor y la adhesión no se pueden imponer, hay que conquistarlos; pero la violencia y la opresión son los medios menos apropiados para ello. La política nacional de opresión de los grandes Estados, antes de la guerra de 1914-18, produjo en las nacionalidades oprimidas un nacionalismo hipersensible que trató posteriormente a las minorías nacionales de los nuevos Estados, exactamente como antes habían sido tratados ellos mismos; un fenómeno que sólo es comprensible porque los Estados menores siguen las huellas de los grandes e imitan sus procedimientos.

No se pueden imponer a un pueblo, por la violencia, costumbres, hábitos e ideas, como a un hombre no se le puede encerrar en el marco de una individualidad extraña. Una fusión de diversas tribus étnicas y de elementos raciales distintos, sólo es posible en el dominio de la cultura, porque así no brota de la coacción externa, sino de una necesidad interior, pudiendo seguir cada parte sus propias inspiraciones. La cultura no asienta ni en la violencia ni en la ciega fe en la autoridad; su eficacia tiene por base el libre acuerdo de todos, que emana de las aspiraciones comunes al bienestar espiritual y material. Aquí solamente decide la

necesidad natural, no la ciega orden de arriba. Por esta razón marchan siempre mano a mano las grandes épocas culturales y las asociaciones voluntarias y las fusiones de diversos grupos humanos; incluso se condicionan mutuamente. Sólo la libre decisión, que en la mayoría de los casos se efectúa de un modo inconsciente, es capaz de agrupar, en su acción cultural, a hombres de procedencia distinta, y de crear así nuevas formas de la cultura.

También en esta emergencia la condición es idéntica a la del individuo. Cuando tomo la obra de un autor extranjero que esclarece cosas nuevas y estimula mi espíritu, nadie me obliga a leer el libro o a apropiarme de sus ideas. Es simplemente la influencia espiritual la que obra en mí, influencia que tal vez después es liberada por influjos de otra especie. Nada me obliga a tomar una decisión que repugne a mi esencia más íntima o violenta mi espíritu. Me apropio de lo extraño porque me causa alegría y se convierte así en un trozo de mi existencia; lo asimilo hasta que finalmente no hay frontera alguna entre lo extraño y lo propio. De esa manera se opera todo proceso cultural y espiritual.

Y esa asimilación natural, no impuesta, se opera sin ruido y sin discusiones públicas, pues nace de la exigencia personal del individuo y corresponde a su sentimiento psíquico. Todo proceso cultural se desarrolla tanto más espontánea y pacíficamente cuanto menos aparecen en primera línea los motivos políticos de dominio, pues la política y la cultura son contradicciones que no se pueden superar, ya que aspiran a objetivos divergentes.

De *Nacionalismo y cultura*. Traducción de Diego Abad de Santillán. Ediciones Imán. Buenos Aires, 1942.



## ALBA RAPIDA



¡Pronto, deprisa, mi reino,  
que se me escapa, que huye,  
que se me va por las fuentes!  
¡Qué luces, qué cuchilladas  
sobre sus torres enciende!  
Los brazos de mi corona  
¡qué ramas al cielo tienden!  
¡Qué silencios tumba el alma!  
¡Qué puertas cruza la Muerte!

¡Pronto, que el reino se escapa!  
¡Que se derrumban mis sienes!  
¡Qué remolino en mis ojos!  
¡Qué galopar en mi frente!  
¡Qué caballos de blancura  
mi sangre en el cielo vierte!

Ya van por el viento, suben,  
saltan por la luz, se pierden  
sobre las aguas. . .

Ya vuelven  
redondos, limpios, desnudos. . .  
¡Qué primavera de nieve!

Sujetadme el cuerpo ¡pronto!  
¡que se me va! ¡que se pierde  
su reino entre mis caballos!  
¡que lo arrastran! ¡que lo hieren!  
¡que lo hacen pedazos vivo  
bajo sus cascos celestes!

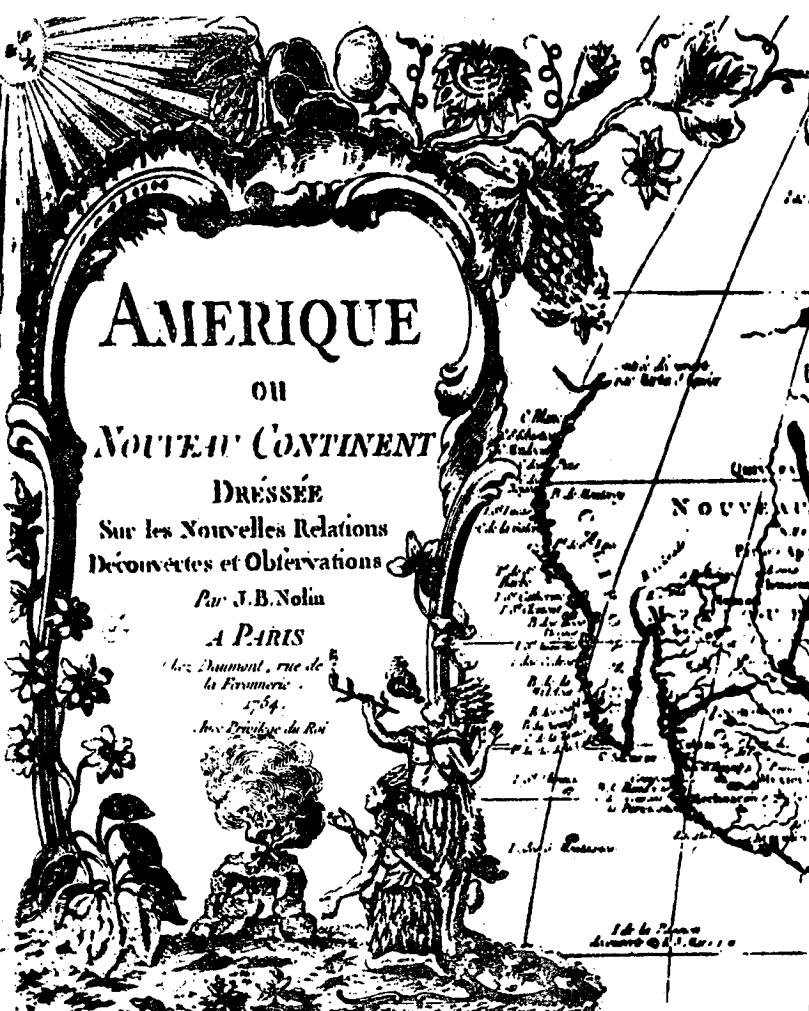
¡Pronto, que el reino se acaba!  
¡Ya se le tronchan las fuentes!  
¡Ay, limpias yeguas del aire!  
¡Ay, banderas de mi frente!  
¡Qué galopar en mis ojos!

Ligero, el mundo amanece.

**Emilio Prados**  
(español)

# FORO DE NORTE

# FORJA AMERICANA

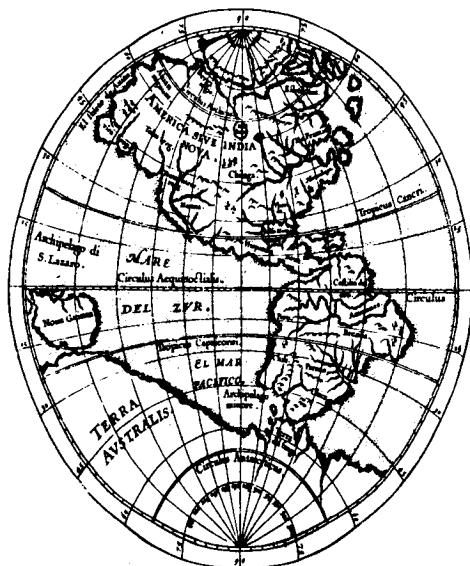


Hombre del nuevo signo: ¡AMERICANO!, amalgama de siglos y de razas que con tu empuje vas marcando rumbos hacia el triunfo final, en que la hazaña está en haber quebrado fiero yugo en busca de la cumbre más lejana...

En pos de ti se olvidan las tinieblas y las luces radiantes que tú emanás iluminan la senda del futuro donde ¡JUSTICIA...! Humanidad reclama, para el trabajo esclavizante y rudo donde el sudor con el sufrir se abrazan; donde la LIBERTAD abre sus puertas por las que el mundo, soberano, avanza, rotos los frenos y cortado el nudo que maniatara sus pujantes alas, que han de llevarle adonde al cielo plugo alzar el pedestal de la esperanza.

AMERICANO: Para el nuevo signo no habrá ya flores de fugaz mañana sino botones del emblema puro que en su corola lucirá escarlata, como sangre vital del nuevo mundo y presagio feliz de nueva raza...

\* \* \*



Cuando el mar antillano dio sus playas  
cual Cordero Pascual a la aventura,  
quebró el mito de siglos de silencio  
lanzando notas de sus arpas mudas. . .  
¡Los rezos del hispano aventurero  
así forjaron la canción más pura!

Después. . . ¡llegó el momento de conquista!  
Por su vírgenes selvas fue la lucha  
abriendo surcos con sangre y fuego,  
donde fuera simiente de cultura  
a cultivar el conquistado suelo  
y domeñar al inca y al charrúa.

¡Flores de la ambición después se abrieron!  
Y ya en la lid de contención segura,  
dejó de ser hidalgo aquel guerrero  
y ante la voz de la codicia impura,  
guerreó al indio y al mismo compañero  
y mil glorias en flor, dejó así truncas. . .

Hubo quien puso su labor consciente  
en abrir la picada a lo moderno;  
y vencidos los árboles su pulpa  
fueron leños, crujías o maderos  
para la empresa de esa vida dura  
que germinaba desde el virgen suelo. . .

Y así, siglos de paz, el hombre pudo  
destrozar con la mano del progreso,  
alzando enfrente de la selva oscura,  
al correr de los años, hacia el cielo  
ciudades milagrosas donde cruza  
el avance moderno hacia lo eterno. . .

\* \* \*

Y un día el Continente, soberano  
y dueño de sí mismo, por glorioso,  
ebrio de vida, sin el yugo hispano,  
sin franceses ni ingleses victoriosos,  
sin el fiero poder del lusitano,  
sus dominios inmensos dio a los criollos.

Y es allí que ha surgido el nuevo signo  
avalado por siglos y por razas:  
conjunción libertaria del destino  
al forjar, de la Europa destrozada,  
la nueva raza con el nuevo ritmo  
para la aurora de un feliz mañana.

Hombre del nuevo signo: ¡AMERICANO!  
Guerrero de la senda en que se lucha. . .  
Mantén firme la antorcha de la hazaña  
sobre esta tierra que te dio el charrúa,  
que tu luz ha de guiar la nueva raza  
hacia el mundo de glorias que perduran. . .

Hombre del nuevo cuño: ¡AMERICANO!  
Aleación de la fe y de la esperanza. . .  
Ciñe el arnés al descansado bruto;  
mira hacia el sol que su vigor derrama  
y que en la tierra de este nuevo mundo  
la paz te lleve a las montañas altas. . .

Y allí, señor del Continente joven,  
tu vista tiende por la mies dorada;  
y trazando una ruta en el futuro  
sigue el destino que tu signo marca  
y con los restos del quebrado yugo  
¡harás de América la nueva raza. . .!

**Jorge M. Aguilar**  
(argentino)

Ander thell dieses Welt-  
buch von Schiff-  
fabrik.

# Verhaftige Schreibunge aller

vnd mancherley sorgfältigen Schif-  
farten/ auch viler unbekanten erfundenen Landtschafften/ insw-  
len Königreichen vnd Stedien/ von derselbig gelegenheit/ wesen/ gebreuchen/  
sieen. Religion künste vnd handterung. Item von allerley gewalz/  
Metallen/ Specerien vnd andeiderdinge mehr so vorhanden in vñtere  
Lande gefüder vnd gedacht werden.

Auch von mancherley gefahr/ streite vnd schärnhücheln/ so sich zwischen ihnen vnd  
den unsren/ beyde zu Wasser vnd Lande/ wunderbarlich zugezogen. Item von  
erschrecklicher selgamer Natur vnd Eigenschaft der Leuchtresser/ Bergleiden vorhin in kleinen  
Chroniken oder Historien beschrieben/ mit schönen Concordangen vnd einem volle  
köninen Register/ zur füderung des gemeinen nutzes  
zusamen getragem.

Durch Ulrich Schmid von Straubingen/ vnd andern mehr/ sodaselbst  
in eigener Person gegenwärtig gewesva/ vnd solches erfahren.



Getruckt zu Franckfurt am Main/ Anno 1567.

Portada de la primera edición del libro de Ulrich Schmid:  
"Viaje al Río de la Plata", de Franckfurt, 1567.

# LA INCREIBLE EXPEDICION DE SARMIENTO DE GAMBOA

Lucy Etel García Vargas

Corre el año 1578, el virrey del Perú ha llamado a un marino de estudio, D. Pedro Sarmiento de Gamboa, para que se dirija al sur a fin de inspeccionar esas regiones y comprobar la existencia de piratas, a la vez que descubrir tierras y fundar puertos o fortalezas. Tal vez fue Sarmiento el primer navegante que no fuera encomendado de buscar a Trapalanda o la ciudad de Los Césares. Pues a otra misión muy distinta: vigilar la piratería.

Partió del Callao con dos naves bajo dirección del almirante Villalobos.

Pero Sarmiento se encuentra con el famoso pirata Francis Drake, que habiendo cruzado el estrecho de Magallanes asuela la costa del Pacífico, cargando sus naves con succulentos embarques de oro y plata. Sarmiento toma una acertada decisión: levanta una fortaleza a la que agrega alguna población, de manera que se vigile la entrada de los corsarios en el estrecho.

Persigue a Drake hasta el Perú cuando el pirata se apodera del buque Nuestra Señora de la Concepción en el mismo puerto del Callao. El corsario logra escapar, y lo persigue hasta el estrecho; pero aquél escapa, por lo que Sarmiento toma rumbo a España, partiendo de Perú (1579) con dos naves, una de las cuales deserta al enfrentarse con una tempestad. Sarmiento cruza el estrecho con la San Francisco y llega a su destino en agosto de 1580.

En España reina Felipe II; recibé en Badajoz a Sarmiento Gamboa, quien le expone lo ocurrido en tan remotas comarcas y la necesidad de proteger el dicho paso, a lo que accede el rey, mandando formar una gran armada que constará de veintitrés naves. Esta escuadra que llevará a familias, está destinada a la vez a fundar un fuerte y poblaciones colonizadoras. El capitán Flores de Valdés será el comandante de la armada; llevará poderes absolutos de posesión, lo que significa que quedarían esas tierras, libres de la protección chilena; para lo cual decide designarlas "Provincias del Estrecho", con Sarmiento Gamboa como gobernador.

Con gran despliegue, parten de Sanlúcar de Barrameda el día 25 de septiembre de 1581, rumbo al sur. Parece que todo intento de expedición al estrecho de Magallanes estuviera sacrificado a la mala suerte; pues a poco de partir de España se desencadena una tem-

pestad que arrasa con cinco de las naves, pereciendo ochocientas personas; y tan golpeadas resultaron otras carabelas, que se decide regresar a Cádiz. Parten nuevamente a los dos meses, llegando a Río de Janeiro el 24 de marzo, después de haberse declarado a bordo una epidemia que produce la muerte de casi trescientas personas y muchos enfermos. Como es de imaginar la desmoralización es tremenda entre la población de las naves, pero no obstante ello, Sarmiento de Gamboa, hombre de mucha energía y valor, parte el 1º de noviembre. Contra del optimismo del capitán, la mala suerte hace víctima nuevamente a la escuadra, zozobrando una nave con trescientas personas a bordo, las cuales desaparecen en el mar. El aguerrido temperamento de Sarmiento ordena seguir adelante, en tanto el comandante Flores de Valdés se refugia en Río de Janeiro. Pierden aun dos naves más: una se hunde en la isla Rodrigo, y la otra cae en manos del pirata Fenton, hundiéndose también con su gente frente mismo a la bahía brasileña.

Desde luego, para cualquier hombre esta empresa está llamada a la tragedia, lo que humanamente puede doblegar su voluntad; pero no fue así con Sarmiento.

Hacen alto en la isla de Santa Catalina, donde reparan naves y fortifican los espíritus, volviendo a partir para la meta fijada, el 7 de enero de 1583.

El destino tiene sus encrucijadas insospechables: Juan de Garay acaba de fundar la ciudad de Buenos Aires en el río de La Plata, a la que llegan las maltrechas naves que comanda Alonso Sotomayor, de quien su nave Trinidad se abrió al encallar. De allí Sotomayor partió para Santa Fé y Garay lo auxilió para que llegara a Chile, en donde fue gobernador.

Para esto la escuadra de Sarmiento Gamboa pierde un buque que naufraga en alta mar, y queda con cinco navíos, de una armada de veintitrés que eran hacia dos años al salir de España. Ya están en el estrecho las carabelas que comandan Flores de Valdés y Sarmiento Gamboa; pero tan dificultosa se hace la entrada, y los vientos huracanados son de tal intensidad, que Valdés, desanimado por tantas penurias, decide regresar definitivamente. Vuelven a Río de Janeiro.

Una frase, que ha hecho célebre al capitán Sarmiento, revela cómo una voluntad de acero como la

suya puede sobrevivir al embate de tanta catástrofe: "Estoy determinado a morir o hacer a lo que vine, o no volver a España ni adonde me viesen jamás".

En Brasil se entera de que han llegado de España cuatro carabelas para auxiliar a la expedición, con las cuales, agregando las suyas y quinientas personas contando mujeres y niños, Sarmiento decide salir en dirección al difícil estrecho que tantas vidas ha costado ya.

Mientras Valdés parte para España, Sarmiento va hacia el estrecho de Magallanes. Llegan en febrero de 1584. Vuelven a desencadenarse las tempestades y los vientos, tan terribles, que hacen pedazos las naves contra los mismos fierros, o llevándolas mar adentro en vertiginosas carreras.

Sarmiento Gamboa, al que no han abatido tantas desgracias, ni los ataques de los indios, ni los piratas ingleses que pululan por el Atlántico, ni los vientos desatados en furias enloquecedoras, baja solemnemente portando una gran cruz y como un auténtico apóstol de su misión, toma posesión de la tierra en nombre del rey Felipe II y funda un real al que llamará La Purificación de Nuestra Señora.

Lo acompañan ocho arcabuceros, soldados, artesanos, agricultores, mujeres y niños.

Desde la costa azotada, un capitán, Diego Ribera, luchando con el viento que ha roto las amarras de las naves, a las que ha echado mar afuera, trata inútilmente de penetrar donde se encuentran los que han bajado a tierra con su capitán; y después de andar a la deriva varios días, decide partir rumbo a España. En tanto Sarmiento funda otra fortaleza a la que llamará Nombre de Jesús, y días después la Real Felipe. Se dedica a explorar tierras y mares próximos, divide la tierra para cultivos, y dispone los predios para las poblaciones. Los indios del lugar no los atacan, y pueden cazar para comer sin tropiezos. Los cañones los ha situado mirando al estrecho.

Sin embargo la moral de la gente está en lo último. Unicamente queda una carabela, la Santa María de Castro, pero con tan trágica suerte que encontrándose frente al real: Nombre de Jesús, estalla con fuerzas inauditas una tormenta que la desvía hasta el cabo Virgenes, y luego la arroja a la mar abierta (mayo 1584).

## Peregrinación

Con lo relatado, es de imaginar el destino que les cabe a los desdichados habitantes de las tres incipientes poblaciones en el lejano sur, donde ya en el otoño es impracticable la navegación, y luego las nieves comienzan su devastadora danza, a la que los vientos huracanados completan su trágica encomienda.

Sarmiento, con su nave en alta mar, se empieza en regresar para auxiliar a su gente, pero más de un mes sin lograr acercarse al estrecho lo convence de que debe abandonar la empresa; decide dirigirse a Brasil, llega a Río de Janeiro y envía alimentos en un buque que zozobra sin llegar al lugar de destino. Sarmiento va a Pernambuco en procura de nuevos socorros. Cerca de las islas una tempestad hace naufragar su navío, arrojándolo contra las rocas.

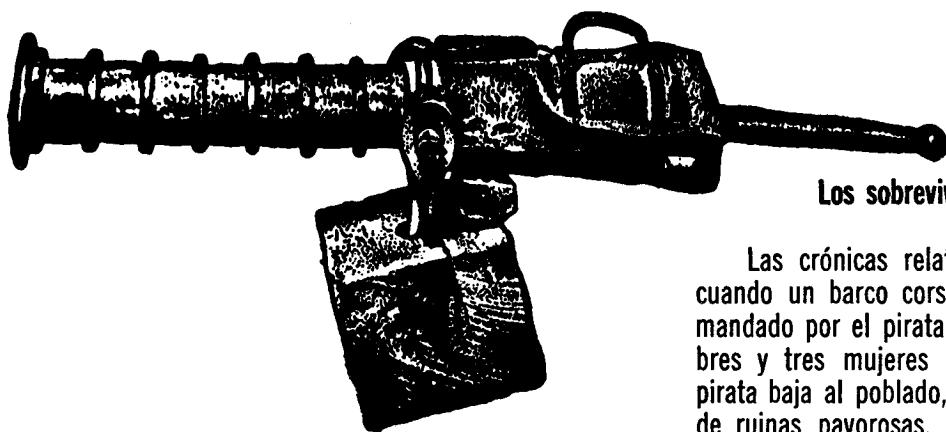
Desesperado, logra una embarcación pequeña con la que quiere llegar al sur, pero su tripulación se amotina. Ya no quieren más penurias y desgracias. Sarmiento con sus hombres llega a Río de Janeiro otra vez sin nave, pues una tempestad la ha hecho pedazos.

Ya ha pasado un año sin haber podido embarcarse para su "gobernación" del Estrecho de Magallanes. Manda pedir auxilio a España, pero no llegan; entonces decide ir a hacerse oír de su rey, pero cerca de las islas Terceras encuentra corsarios ingleses que lo llevan a Inglaterra.

Se ha arreglado para hacer llegar sus noticias a España, por lo que le dan el permiso para salir de las islas Británicas. Al pasar por Francia en plena guerra de las religiones, es juzgado, salvándose de ser quemado en la hoguera. Lo apresan y encierran por espacio de tres años.

Cuando sale, paralítico, intenta que el rey Su Majestad se acuerde de tan leales y constantes vasallos que por servirlo se han quedado en regiones tan remotas y espantables.

Como Europa se debatía en conflictos políticos y religiosos, nadie escucha al bravo capitán.



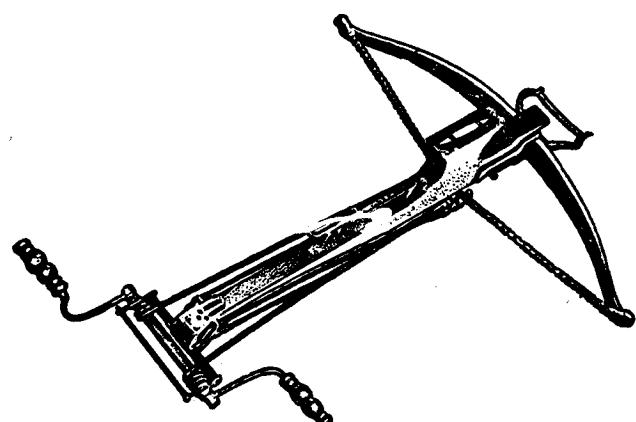
**Los sobrevivientes del Real Felipe**

Las crónicas relatan que todavía en el año 1587, cuando un barco corsario inglés cruzó el estrecho comandado por el pirata Cavendish, hallaron a doce hombres y tres mujeres semidesnudos y hambrientos. El pirata baja al poblado, encontrando cadáveres en medio de ruinas pavorosas. Los españoles les piden que los lleven, pero los dejan allí, donde perecerán en un martirologio incontable. Se llevaron sólo al extremeño Tome Hernández al que aún le quedan fuerzas para llevar su arcabuz al hombro. Este sobreviviente de trescientas personas, escapó luego de los piratas en un puerto del Pacífico.

Muchos años después, otro corsario inglés, al cruzar por el estrecho, se encuentra con un hombre que deambula con la razón perdida, por las playas inhóspitas, las que después de una tempestad cambian de color; y las arenas antes doradas, se truecan en negras acumulaciones de los acantilados pulverizados; y entre las que brillan disimuladas, láminas y pepitas de oro que el huracán ha arrastrado entre las olas, depositándolas al alcance de la mano del hombre, que por triste paradoja, perece de hambre y desesperación.

La muerte del capitán paralítico, Sarmiento Gamboa, en quien la suerte se ensañó sin piedad, permanece en la oscuridad: nada se sabe de cómo murió, ni dónde.

Finaliza el siglo XVI, con la última expedición castellana hacia la "regio fatalis" del estrecho de Magallanes.



De Nuestra Argentina. Tomo I.  
Fondo de Cultura Argentina.  
Buenos Aires, 1969.



Javier Pérez Pellan

# LOS ESPAÑOLES DE DAVID

Creo que fue Solimán el Magnífico, el gran sultán de Turquía, el mismo que en 1529 llamara a las puertas de Viena, el que dijo: «Lo que ha perdido España lo ganará Turquía.» Se refería a la gran inmigración judía que comenzaba a llegar a su país desde la patria que ya empezaba a dominar a más de medio mundo. El primer hombre blanco que pisó tierra americana el 12 de octubre de 1492 fue el judaizante Luis de Torres. El primer hombre que vio tierra, que vio América desde la carabela era el cripto-judío Rodrigo de Triana. Salvador de Madariaga afirma que también Colón era judío.

Las primeras cartas que Colón escribió desde América fueron dirigidas a Luis de Santángel, judío, canciller del Tesoro Real de España —que contribuyó como donación privada a la gran empresa americana, con diecisiete mil ducados de oro— y a Gabriel Sánchez, otro judío, jefe tesorero de Aragón que contribuyó del mismo modo a la expedición de las tres carabelas. La misma madre de Fernando el Católico provenía de la familia de los Henríquez, de rancio abolengo judío. Por las venas de San Juan de Ávila, de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de Dios corría la sangre judía de sus padres y de sus abuelos.

Luis Vives fue hijo de padres y madre conversos. Al mismo Fray Luis de León se le acusó de judaizante. El segundo padre general de la Compañía de Jesús, Diego Lainez, sucesor de San Ignacio de Loyola, era también de directísimo origen judío. La grandeza de la España Imperial estaba sostenida, entre otras, por poderosas columnas del pensamiento del mundo judío en la España de la Edad Moderna. Almirantes, conquistadores, poetas, místicos y filósofos estaban lanzando la influencia de nuestro país hacia todos los meridianos por donde apunta la rosa de los vientos. Fueron muchos los judíos españoles que contribuyeron a que el sol no se pusiera nunca en los dominios territoriales y espirituales de nuestra patria.

Otros, ¡ay!, otros emprendieron el largo, amargo e interminable camino del destierro, la peregrinación del exilio, el sacrificio del alejamiento, el dolor de la andadura por todos los senderos de Europa y de Asia, el sufrido caminar sin destino, la procesión sin fin de nostálgicos recuerdos y siempre, siempre, con la palabra

de España en sus labios, con la añorada patria en su pensamiento, con la recordada ciudad en el fondo de sus corazones y con la llave del portón de su casa en el equipaje que atravesaba confines de naciones y deencias de fronteras.

Y allá se fueron con la presencia de una hispanidad en la mochila de sus pensamientos, de sus quehaceres; y se establecieron en las ciudades de los Países Bajos y en el norte de Italia, y en la Europa de los Balcanes y en Turquía, y en las tierras que riega el Nilo y en Túnez y en Marruecos; y en la misma Tierra Prometida, en Israel, fundaron las colonias más florecientes del pensamiento judío, pensamiento marcado por una indeleble huella española.

De esto hace casi 500 años. Se llevaron el idioma y toda la cultura, desde la filosofía y la ciencia hasta el folklore y la cocina.

Casi cinco centurias, y hoy les vemos aquí, en Israel, en todas las ciudades de esta singular nación. Les vemos en la calle, en los cafés, en los hoteles, en las librerías, en las universidades, en los laboratorios, en los periódicos...; trabajando el campo, rezando en las sinagogas y construyendo la política desde los más altos estrados del Parlamento. Siguen hablando español, continúan entonando las viejas canciones de España, y en las cocinas de sus casas siguen oliendo los pucheros a las pitanzas y a los caldos de Castilla, de Galicia, de Aragón y de Andalucía. Muchos de ellos guardan todavía la llave de la casa que un día abandonaron los abuelos de sus abuelos, las llaves de la puerta de una casa de Toledo, de Segovia, de Córdoba o de Sevilla. Hay algo sobrecogedor en la contemplación de esta hispanidad que nos asombra. Es aquí, en Israel, donde hemos visto, más que en ninguna otra tierra del mundo, la fuerza heredada de una patria que se añora, porque los judíos descendientes de los españoles y que viven en Israel, como todos aquellos otros que restan en las comunidades americanas, en las asiáticas o en la Europa oriental, se dicen y se llaman, a sí mismos, con orgullo, españoles.

En el Antiguo Testamento y en la profecía del profeta Abdías se menciona ya el nombre de España, que en hebreo es «Sefarad»: «...y los cautivos de Jerusalén

que están en Sefarad...». El nombre bíblico de Sefarad se refería, en un principio, a una región del Asia Menor, pero en una etapa posterior fue relacionado con la tierra de Ispamia (España). Para los sabios de la Mishná y el Talmud del siglo XII era «Ispamia» (Sefarad, España) el más lejano de los países conocidos en su época, y según sus palabras se tardaba un año en llegar a él. De ahí, el dicho talmúdico: «Un hombre duerme aquí y ve un sueño en Ispamia». Los sabios hablan también de «naves que van de Galia a Ispamia». Ellos conocían un pez llamado «kollas haispani» (de Ispamia) y asimismo mencionan el «murias Ispamia», una especie de salsa de pescado. Los primeros españoles que llegaron a las tierras de Judá eran soldados en el Ejército romano estacionado en el país. Los soldados españoles establecieron sus campamentos en las inmediaciones de Bazra, en la Cisjordania Oriental. Eran el «Ala VI Hispanorum» (VI batallón de jinetes españoles). Con el nombre de «sefardim» se conocía a todos aquellos judíos que provenían de «Sefarad», y con el nombre de sefarditas se siguen llamando todos los judíos originarios de España y, más concretamente, el nombre de sefardita se ha identificado con todos aquellos que tomaron el camino del exilio y del destierro a partir del año 1492.

Las comunidades sefarditas están repartidas por el mundo entero: por todo el Continente americano, por Asia, por Europa y por África. El mayor núcleo de entre ellos se encuentran y viven en Israel. Han emigrado a las tierras de Turquía, del Norte de África y de América. Viven aquí, trabajan aquí. Aman ardientemente a su país. Sueñan esperanzados con el futuro de su pueblo. Hablan el hebreo y, sin embargo, se expresan también en castellano y siguen, con incontenible orgullo, llámándose españoles.

En castellano o en «ladino» (latino) español arcaico, que habla de «agora» y de «vuesa merced», se editan actualmente en el moderno Estado de Israel cinco publicaciones entre semanarios y periódicos diarios: «La Verdad», «Aurora», «Semana», «La Luz de Israel». La Radio Nacional de Israel mantiene diariamente una emisión en español y son frecuentes las emisiones en el mismo idioma en la Televisión.

De todas las que conocemos, desde el lejano Oriente y las Islas del Pacífico hasta las cálidas tierras de África o los fríos climas del Norte de Europa, es esta Hispanidad de Israel la que con mayor fuerza siente y piensa en el origen de sus antepasados.

En un estado que no llega a los 3.000.000 de población judía, más de 500.000 personas se expresan en español. Cerca de 100.000 más hablan también el español de Hispanoamérica: son los judíos que emigraron y siguen llegando a Israel desde el Continente americano.

No existen calle, ni comercio, ni café, ni aulas de Universidad, ni campos de cultivo donde no nos encontramos con uno de estos singulares españoles de nacionalidad israelita. Fue el Rey Don Alfonso XIII quien emitió un decreto por el cual todos los sefarditas del

mundo podían tener el pasaporte español. Hemos conversado con ellos, hemos visitado sus clínicas, hemos entrado en sus casas, nos los hemos encontrado en la calle o en un restaurante, y todos, absolutamente todos, se sentirían muy orgullosos de poseer hoy, junto con el pasaporte de su nacionalidad israelita, el otro de su origen español. Sobre el tema de «La sensibilidad judía en la cultura española», el doctor don Baldomero Sol y el que esto firma dábamos, hace poco tiempo, unas conferencias en varias ciudades de Israel. Nuestro auditorio se componía fundamentalmente de público de habla española: sefarditas e hispanoamericanos. Al llegar al punto en el que citábamos el decreto del Rey de España más de un oyente conmovió sus sentimientos. Muy pocas veces hemos sentido una comunión de emociones tan fuerte como en esta ocasión. Esa hispanidad olvidada reverdecía sus recuerdos y ponía a flor de piel todos sus sentimientos. Y nos dolía el pensar que en una o dos generaciones, máximo, todo estará perdido para siempre, porque la juventud nacida del tronco de los sefarditas se expresa ya en hebreo, el idioma nacional, y los hijos de esta juventud, en el día de mañana, habrán perdido el recuerdo y la tradición de sus mayores. No nos entendemos de política ni queremos entrar en las razones de una diplomacia. Unicamente vemos, observamos y después contamos y describimos. Y el dolor se acrecienta cuando pensamos que, por encima de razones «oficiales», siempre deben de existir las razones culturales. La Cultura es el máspreciado valor histórico de un pueblo, y España, entendida como valor histórico en el tiempo, es no sólo apreciada sino querida y hasta mimada en el pueblo de Israel y, sobre todo, entre ese gran número de hispanos que pueblan esa franja del Mediterráneo. Basta pensar que varias ciudades de Israel llevan el nombre de personalidades famosas de la judería española: Beit Halevi, en el valle de Hefer (en memoria de Yehudá Halevi); Kfar Gabirol (en honor del Shlomó Ibn Gabirol), y Kfar Hanaguid (en memoria de Shmuel Hanaguid). Las dos últimas están situadas en el Sur, en la zona de Rejovot-Yavne. Ahora sólo nos cabe preguntar: ¿no sería posible intensificar los intercambios culturales, la labor de investigación a nivel universitario con este pueblo de Israel, a fin de evitar que este trozo de España se separe definitivamente de nuestra Historia y de nuestra cultura?

Alberto Romano es un doctor que tiene montada su clínica en la ciudad de Haifa, ciudad de encanto que tiene a las espaldas el Monte Carmelo y en su frente el Mar Mediterráneo. Alberto Romano estudió en España. Poseía el pasaporte y la nacionalidad españolas. Estudió parte de su especialidad en la Universidad de París y sufrió en su carne el odio acumulado contra su raza en una hora trágica de Europa. Hoy vive en Israel, pero sigue conservando su pasaporte español, ya caducado porque alguien, como el mismo nos contó, no quiso renovárselo. Ese día lloró porque sintiéndose ciudadano de Israel se sentía, también, y se sigue sintiendo, ciudadano español. Historias

como ésta abundan en el país, y no hemos visto a uno solo que renegara de la tradición de sus padres.

Elie Eliachar es actualmente el presidente del Consejo Sefardita. Nacido en Jerusalén, sus padres y sus abuelos provienen de Turquía. Gracias a la personalidad estudiosa de ese gran investigador se conservan muchos documentos donde sería posible estudiar el mundo sefardi que tanta influencia tuvo y tan relevante posición adquirió en los tiempos de grandeza de los sultanes de Turquía. La casa de Elie Eliachar está llena de recuerdos españoles, y su biblioteca contiene multitud de libros escritos en castellano.

Isaac Navon es el vicepresidente del Parlamento israelita, con sede en Jerusalén. Recientemente estuvo a punto de salir proclamado presidente de Israel, con lo que hubiera sido el primer presidente del país, de habla y origen español. De la mano de tan ilustre anfitrión hemos visitado los «kibutzim», las aldeas árabes que circundan la Ciudad Santa, las sinagogas y los mercados. Durante mucho tiempo fue el brazo derecho de Ben Gurión. Más de una vez ha pospuesto sus quehaceres políticos para conversar con nosotros, en cálidas veladas, sobre la cultura española y sobre la cultura judía en nuestra patria.

Nos contaba José Soriano, que hasta hace poco ostentaba el cargo de la Dirección General de Sanidad de Israel, que cuando visitó España por primera vez, hace muy pocos años, temía que nadie le entendiera, y su sorpresa fue grande cuando aquí, en Madrid, nadie se percató de que era extranjero, ni por su habla ni por su nombre y apellidos. A José Soriano se le saltaron las lágrimas cuando en una «tasca» de la capital de España un camarero le sirvió los mismos guisos que a él, hace ya muchos años, le preparaba su madre y que a su madre le preparaba su abuela.

Volábamos por las líneas israelitas El - Al. Con nuestro vocabulario hebreo de urgencia dijimos «toda-raba» (muchas gracias) a una azafata que nos había proporcionado un periódico. Reconoció nuestra nacionalidad porque nos dijo que le habíamos dado las gracias con acento español. «Yo también soy española y provengo de una familia judía de Marruecos.» Mery Algaly nos dio un botón de su uniforme para que recordáramos el encuentro en el aire con una española israelí.

\* \* \*

—¿Ustedes, son españoles?

—Sí.

—¿Y de dónde vienen?

—Venimos de Madrid, ¿Y usted de dónde es?

—Yo también soy español, nacido en Israel.

Era el encuentro casual con un joven que nos había escuchado hablar en español. Habíamos buscado el alivio de un refresco en un café de Tel-Aviv y se notaba que este muchacho quería, a toda costa, dejar patente su condición de español.

—¿Y tus padres de dónde son?

—Mis padres vinieron de Turquía y mis abuelos también. Todos en nuestra familia somos españoles.

\* \* \*

Habíamos refrescado nuestros cuerpos ardientes de calor del cercano desierto, bañándonos en las cálidas aguas del río Jordán, allí donde éstas confluyen con aquellas otras del bíblico y evangélico Mar de Galilea, el lago de Tiberíades; en la misma ribera donde, según nos dijeron, posiblemente San Juan bautizó a Cristo. Comíamos poco después a orillas del lago el pescado de sus aguas. El camarero que nos servía era un sefardita de origen marroquí. Junto a nosotros se sentó Danon Yosef, viejo pescador del lago, cabello blanco, mirada penetrante, cabeza noble, frente surcada por las arrugas del tiempo y rostro quemado por los vientos y los recuerdos. Se expresaba en «ladino» y era de origen turco. Y según nos contaron, porque él no quería hablar de ello, un hombre que adivinaba el porvenir. Viejo pescador del lago nimbado de visiones y profecías. Por un instante este viejo y noble pescador nos hizo pensar que estábamos hollando con nuestros pies la sagrada tierra de los profetas.

\* \* \*

Parábamos por la calle a un transeúnte. Queríamos preguntar por una cierta dirección.

—Do you speak english? Parlez vous français?

—No, señor: yo hablo hebreo o español.

\* \* \*

Fue Enrique Heine, el poeta alemán, el que dijo: «Todo hombre tiene dos patrias: la suya y Francia.» Cabría decir, como el poeta, que todo sefardí tiene, también, dos patrias: la suya, Israel, y España.

Son los españoles de David los mismos que nos encontramos en las sinagogas, en el campo, sirviendo en el Ejército, en las aulas universitarias, en los hospitales, junto al lago, bajo el sol del desierto, poblando de hispanidad un crecido porcentaje de la población del Estado de Israel. Trabajan por el bienestar de su pueblo. Son tenaces y orgullosos. Son corteses y rinden un especial culto a la hospitalidad. Semejan viejos retratos de rancios hidalgos castellanos.

Su mente y su razón están con su pueblo, su corazón con España. Son israelíes y orgullosos se llaman a sí mismos españoles.



MIGUEL DE CERVANTES  
SAAVEDRA

# DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE CERVANTES HALLADOS EN SEVILLA

Después de las vigilias consagradas por tantos doctos varones para ilustrar la vida del Príncipe de nuestros ingenios, todavía algunos puntos de ella ofrecían la mayor oscuridad al comenzar el siglo presente. El señor Navarrete, que no perdonó diligencia alguna en cuantas ocasiones favorables al indicado objeto se le presentaron, tuvo la fortuna de aprovechar la comisión conferida por el Gobierno al señor don Juan Agustín Cean Bermúdez para la revisión y arreglo de los papeles del Archivo general de Indias, establecido en Sevilla, y a su especial recomendación se debe el hallazgo de esos preciosos documentos, que, sin ello hubieran tal vez quedado perpetuamente sepultados en el olvido. Por ello se saben ya de modo indubitable los grandes servicios que prestó Cervantes, no solamente a su patria, sino a toda la cristiandad, combatiendo como bueno en Lepanto; el alto concepto en que lo tenían los grandes capitanes, los horrores de su cautiverio (cuánto hicieron por rescatarlo sus padres y sus hermanos), su nuevo alistamiento, manco y estropiado como estaba, para adquirir nueva gloria en las campañas de Portugal y las Terceras; la ingratitud de la corte, y, en fin, tantas otras noticias interesantes como contienen esas breves páginas que el señor Navarrete ordenó, compendiando en lo accesorio las copias íntegras que Cean Bermúdez cuidó de remitirle, en cumplimiento de su encargo, el año de 1808, y se publicaron por vez primera en el de 1819, por la Academia Española, en su correcta edición del Quijote como complemento de la Vida de su autor.

## INFORMACION DE MIGUEL DE CERVANTES

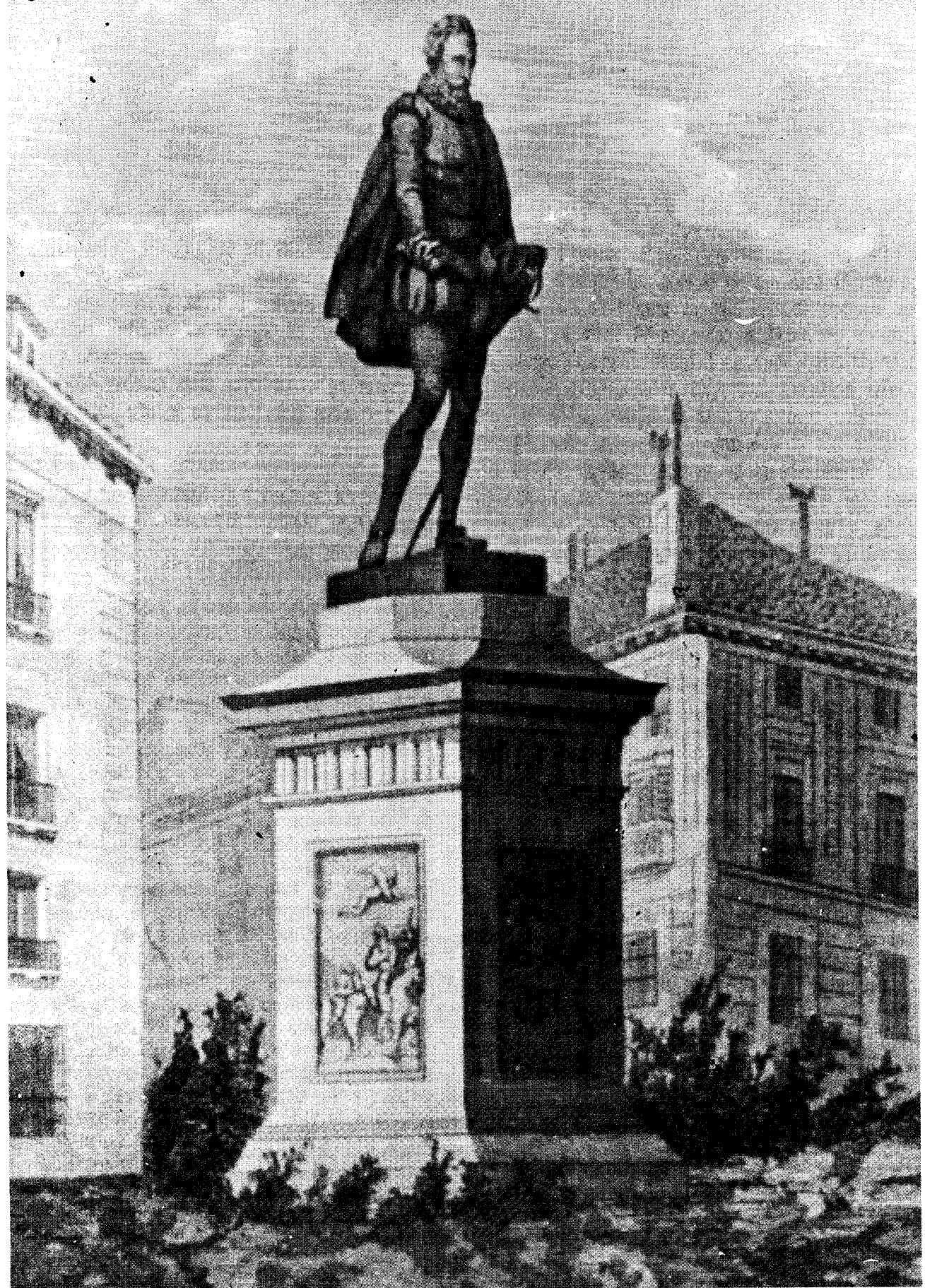
de lo que ha servido a S. M. y de lo que ha hecho estando captivo en Argel, y por la certificación que aquí presenta del duque de Sesa se verá como cuando le captivaron se le perdieron otras muchas informaciones, fees y recados que tenía de lo que había servido a S. M.

«Miguel de Cervantes Saavedra, sobre que se le haga merced, atento a las causas que refiere, de uno de los oficios que pide.

R.º d. Nuñez.

S.º Juan de Ledesma

Señor. = Miguel de Cervantes Saavedra dice, que ha servido a V. M. muchos años en las jornadas de mar y tierra que se han ofrecido de veinte y dos años a esta parte, particularmente en la batalla naval, donde le dieron muchas heridas, de las cuales perdió una mano de un arcabuzazo, y el año siguiente fue a Navarrino, y después a la de Túnez y a la Goleta, y viniendo a esta corte con cartas del señor D. Joan y del duque de Sesa para que V. M. le hiciese merced, fue captivo en la galera del Sol, él y un hermano suyo, que también ha servido a V. M. en las mismas jornadas, y fueron llevados a Argel, donde gastaron el patrimonio que tenían en rescatarse, y toda la hacienda de sus padres y los dotes de dos hermanas doncellas que tenía, las cuales quedaron pobres por rescatar a sus hermanos, y después de libertados fueron a servir a V. M. en el reino de Portugal y a las Terceras con el marqués de Santa Cruz, y agora al presente están sirviendo y sirven a V. M., el uno de ellos en Flandes de alférez, y el Miguel de Cervantes fue el que trajo las cartas y avisos del alcaide de Mostagan, y fue a Oran por orden de V. M., y después ha asistido sirviendo en Sevilla en negocios de la armada por orden de Antonio de Guevara, como consta por las informaciones que tiene, y en todo este tiempo no se le ha hecho merced ninguna. Pide y suplica humildemente, cuanto puede, a V. M. sea servido de hacerle merced de un oficio en las Indias de los tres o cuatro que al presente están vacos, que es el uno la contaduría del nuevo reino



de Granada, o la gobernación de la provincia de Socorro en Guatemala, o contador de las galeras de Cartagena, o corregidor de la ciudad de la Paz, que con cualquiera de estos oficios que V. M. le haga merced, la recibirá, porque es hombre hábil, y suficiente y benemérito para que V. M. le haga merced, porque su deseo es continuar siempre en el servicio de V. M., y acabar su vida como lo han hecho sus antepasados, que en ello recibirá muy gran bien y merced.= Busque por acá en que se le haga merced. En Madrid a seis de junio de mil quinientos noventa.= El Dr. Nuñez Morquecho.)

(A la vuelta del memorial dice):

Miguel de Cervantes Saavedra. A veinte y uno de mayo de mil quinientos noventa.= Al presidente del consejo de Indias.

El duque de Sesa.= Por haberme pedido por parte, y en nombre de Miguel de Cervantes, que para que a S. M. le conste de la manera que le ha servido, le conviene que yo le dé fe dello; por la presente certifico y declaro, que ha que le conozco de algunos años a esta parte en servicio de S. M.; y por información que dello tengo, sé y me consta que se halló en la batalla y rota de la armada del turco, en la cual, peleando como buen soldado, perdió una mano, y después le vi servir en las demás jornadas que hubo en levante hasta tanto que por hallarse estropeado en servicio de S. M. pidió licencia al señor Juan para venirse en España a pedir se le hiciese merced, y yo entonces le di cartas de recomendación para S. M. y ministros; y habiéndose embarcado en la galera Sol fue preso de turcos, y llevado a Argel, donde al presente está esclavo, habiendo peleado antes que le captivasen muy bien, y cumplido con lo que debía, y de manera que así por haber capturado en servicio de S. M. como por haber perdido una mano en el dicho servicio, merece que S. M. le haga toda merced y ayuda para su rescate: y porque las fes, cartas y recaudos que traía de sus servicios los perdió todos el día que le hicieron esclavo, para que conste dello de la presente firmada de mi mano, y sellada con el sello de mis armas, y refrendada del secretario infrascripto. Dada en Madrid a veinte y cinco de julio de mil quinientos setenta y ocho.= El duque y conde.= Ojo: a la glosa que va abajo de lo que se le ha dado por merced.= Por mandado de su Exce= Bernardino de León.= S. M. a suplicación de doña Leonor Cortinas, y en consideración de lo en esta certificación contenido, hizo merced de dar licencia para que del reino de Valencia se pudiesen llevar a Argel dos mil ducados de mercaderías no prohibidas, con que el beneficio de la dicha licencia sirviese para el rescate de Miguel de Cervantes en esta fe contenido, y así se dio el despacho a las partes, fecha en Madrid a diez y siete de enero de mil quinientos ochenta.= Tiene una rúbrica.= Esta merced desta cédula no está aun despachada ni vendida, porque no dan por ella sino sesenta ducados.= Fe de bien servido a Miguel de...= Está sellada con el sello de S. E.

La información de servicios ante un alcalde.= Mil quinientos setenta y ocho.= En Madrid a veinte y nueve de mayo de mil quinientos noventa.= Tiene una rúbrica.= Se presentó.

En la villa de Madrid a diez y siete días del mes de marzo de mil e quinientos e setenta e ocho años ante el ilustre señor Lic: Ximenez Ortiz, del consejo de S. M., alcalde en su casa e corte, e por ante mí Francisco de Yepes, scribano de S. M. e de provincia en esta corte, pareció presente Rodrigo de Cervantes, e presentó un pedimento e interrogatorio de preguntas, que su tenor de lo cual es como sigue:

Ilustre señor= Rodrigo de Cervantes, estante en esta corte, digo que a Miguel de Cervantes, mi hijo, que al presente está cautivo en Argel, y a mí como su padre conviene averiguar y probar como el dicho Miguel de Cervantes, mi hijo, ha servido a S. M. de diez años a esta parte hasta que habrá dos años que le cautivaron en la galera del Sol, en que venía Carrillo de Quesada, y sirvió en todas las ocasiones que en dicho tiempo se ofrecieron en Italia y en la Goleta y Túnez, y en la batalla naval, en la cual salió herido de dos arcabuzazos, y estropeado la mano izquierda, de la cual no se puede servir, en lo cual lo hizo como muy buen soldado, sirviendo a S. M. A vmd. pido e suplico mande recibir la dicha información de lo susodicho, y recibida me la mande dar, signada en pública forma, en manera que haga fe, para la presentar ante quien y con derecho deba, e pido justicia, e para ello &c.= Rodrigo de Cervantes.

E visto por el dicho señor alcalde mandó se tomen e reciban al tenor del dicho pedimento los testigos que el dicho Rodrigo de Cervantes presentare, y lo que dijeren e depusieren se le mandó dar signado en pública forma en manera que haga fe, para el efecto que lo pide, y lo firmó de su nombre &c.= Nava e Sosa, scribanos de provincia.= Francisco de Yepes.

Por estas preguntas pido sean examinados los testigos que son o fueren presentados por parte de Rodrigo de Cervantes, estante en esta corte, sobre la información que ha pedido sobre el rescate de Miguel de Cervantes, su hijo.

1º Primeramente sean preguntados si conocen al dicho Rodrigo de Cervantes y al dicho Miguel de Cervantes, su hijo, cautivo.

2º Si saben &c. que el dicho Miguel de Cervantes, cautivo, es hijo legítimo del dicho Rodrigo de Cervantes y de Doña Leonor de Cortinas, su mujer legítima, habido e procreado de legítimo matrimonio, y por tal ha sido criado y alimentado y nombrado, y es habido e tenido y comunmente reputado entre todas las personas que los conocen y de ellos han tenido y tienen noticia, e ansi es público e notorio.

3º Si saben &c. que el dicho Miguel de Cervantes es de edad de treinta años poco mas o menos, y de diez años a esta parte ha servido como muy buen soldado a S. M. el rey D. Felipe nuestro Señor en las guerras que ha tenido en Italia y la Goleta y Túnez, y en la batalla naval, que el Sr. Juan de Austria tuvo



Retrato poco divulgado de Cervantes. Edición de 1878.

con el armada del turco, adonde salió herido de dos arcabuzazos en el pecho, y otro en la mano izquierda, que quedó estropeado della: digan lo que saben.

4º Si saben &c. que cuando en la dicha batalla naval se reconoció el armada del turco estaba el dicho Miguel de Cervantes con calentura, y unos amigos suyos le dijeron que pues estaba tan malo, que se metiese debajo de la cubierta de la galera, pues no estaba sano para pelear, y el dicho Miguel de Cervantes respondió que no hacía lo que debía metiéndose so cubierta, sino que mejor era morir como buen soldado en servicio de Dios e del Rey, y así peleó como valiente soldado en el lugar del esquife, como su capitán le mandó; y después de la batalla sabido por el Sr. D. Juan de Austria cuan bien le había servido, le acrecentó cuatro ducados más de su paga.

5º Si saben &c. que podrá haber dos años, poco más o menos, que viniendo de Italia a España en la galera del Sol, en que venía Carrillo de Quesada, cautivaron turcos de Argel al dicho Miguel de Cervantes, adonde al presente está cautivo.

6º Si saben &c. que el dicho Rodrigo de Cervantes es hombre hijodalgo y muy pobre, que no tiene bienes ningunos, porque por haber rescatado a otro hijo, que ansi mismo le cautivaron la misma hora que a dicho su hermano, quedó sin bienes algunos.»

(Los cuatro testigos presentados para esta información están contextes en las preguntas del interrogatorio, por haber presenciado ú oido respectivamente lo que contienen; mediante lo cual, y en obsequio de la brevedad, sólo se hará aquí mención de sus nombres y clases, y de lo más notable que cada uno expuso o añadió).

1º Mateo de Santisteban, natural de Tudela de Navarra, y alferez de la compañía que nuevamente se había levantado y conferido al capitán Alonso de Carlos. Fue camarada de Cervantes en Italia en la del capitán Diego de Urbina: vio la acción heroica de Cervantes en la batalla de Lepanto cuando le hirieron el pecho y le mancaron: oyó, que cuando su capitán, el mismo Santisteban, y otros muchos amigos de Cervantes le dijeron al ir a entrar en la acción, que se estuviese quedo abajo en la cámara de la galera, pues que estaba enfermo y con calentura, respondió: que dirían dél, e que no hacia lo que debía, e que más quería morir peleando por Dios e por su Rey que no meterse so cubierta, e que su salud. Le vió pelear como valiente soldado en el lugar del esquife, adonde con otros soldados le destinó el capitán; pues estaba Santisteban en la propia galera, nombrada la Marquesa, que era de Juan Andrea Doria, situada en el cuerno de tierra. Volvió a verle en Nápoles el año 1575 cuando estaba para venir a España en la galera Sol con Carrillo de Quesada: y conoció también a Rodrigo de Cervantes, hermano de Miguel, en los parages que a él.

2º Gabriel de Castañeda, natural del lugar de Salaya, valle de Carriego en las montañas de Santander, y alferez: presenció el denuedo con que se distinguió Miguel de Cervantes en la batalla de Lepanto, peleando en el lugar del esquife con doce soldados que le entregó el capitán; habiendo oído que cuando le aconsejaban se retirase abajo, pues estaba enfermo, respondió

muy enojado: señores, en todas las ocasiones que hasta hoy en dia se han ofrecido de guerra a S. M. y se me ha mandado, he servido muy bien como buen soldado, y ansi agora no haré menos aunque esté enfermo e con calentura; más vale pelear en servicio de Dios e de S. M. e morir por ellos, que no bajarme so cubierta; e que el capitán le pusiese en la parte e lugar que fuese más peligrosa, e que allí estaría e moriría peleando; y entonces el capitán le entregó el lugar del esquife con doce soldados. Supo que en premio de lo que se distinguió le concedió D. Juan de Austria cuatro o seis escudos de ventaja. Le vio entrar después cautivo en Argel, porque ya entonces lo estaba también Castañeda: leyó las cartas que llevaba Cervantes de D. Juan de Austria, en que lo recomendaba a S. M. para que le diese una compañía de las que se formasen para Italia, por ser hombre de méritos y servicios: cuyas cartas hicieron que el capitán que le cautivó le tuviese en mucho para el rescate.

3º Antonio Godínez de Monsalve, natural de Madrid, y sargento de la compañía de don Juan de la Cárcel. Conoció y trató a Cervantes el año 1573 en la jornada de Túnez. Estando Godínez cautivo en Argel el año 1575 vio que Dalí Mamí, capitán de la mar, y otro capitán de galera, trajeron cautivos a Miguel y Rodrigo de Cervantes, hermanos: que éste se rescató en 1577; y aquél quedaba allí en 78 esclavo de Cenegá, rey de Argel.

4º Don Beltrán del Salto y de Castilla, residente en Madrid, a quien cautivaron los turcos en la Goleta el año 1574, y lo llevaron a Argel. Conoció aquí a Miguel de Cervantes, y le vio manco de la mano izquierda. Supo de él y de otras personas de crédito todo lo que refiere el interrogatorio. Cuando este testigo salió de allí rescatado en 1577 dejó a Cervantes cautivo en poder de un turco llamado Arnaute Mamí, capitán en aquella capital, quien lo tenía en gran estima a causa de ciertas cartas que le halló de D. Juan de Austria y del duque de Sesa, en que lo recomendaban a S. M. para que le hiciese merced de una compañía, como persona que lo merecía muy bien.





## FORO DE NORTE

# MEXICANOS, BRASILEÑOS Y EL MUNDO HISPANICO

Gilberto Freyre

Constituimos los mexicanos y los brasileños, en la América a la que pertenecemos, sin habernos desprendido de nuestras irreductibles raíces ibéricas, naciones que al sentido específicamente nacional de vida de cada una, añaden aquel otro, el cósmico de la concepción célebre de Vasconcelos, y al que Brasil, por su necesidad y con el pensamiento sociológico más moderno, está agregando una especie de disolvente de todo lo que sea racial en su modo de ser: un solo ritmo nacional y universal, y así lo racial lo substituye con una concepción quizá más amplia y precisa de su modo de confesar esos extremos: la de lo metarracial, la de lo de más allá de la raza.

Además, México y Brasil, a pesar de faltar entre los dos la vecindad física geográfica que liga a Brasil con casi todas las otras repúblicas hispánicas de América del Sur, son dos naciones ligadas por motivos coincidentes de vida y desarrollo, ya sean nacional o transnacional. Motivos coincidentes de vida que las convierten en naciones particularmente fraternas dentro del conjunto, cada vez más solidario, de las naciones hispánicas de América, en particular, y del mundo, en general. Y no son pocos los sectores en que se afirman esas especialísimas afinidades.

México y Brasil son dos naciones notables por lo que hay en ellas de nacionalista y, al mismo tiempo, de universalista, en sus literaturas. Dos naciones paralelas en la doble orientación, nacional y universal, de las creaciones de repercusión mundial de sus pintores, de sus escultores y de sus arquitecturas, famosas ambas por el arrojo de su modernismo, combinado en diversos casos, y por el afán de sus creadores de ligarlas a los ambientes nativos, telúricos, ecológicos. Somos, quizá, en el conjunto panhispánico, las dos naciones que más han desarrollado muchas de las herencias de la fortaleza ibérica, incluyendo las de sana y nutritiva cocina, en recetas para el buen comer

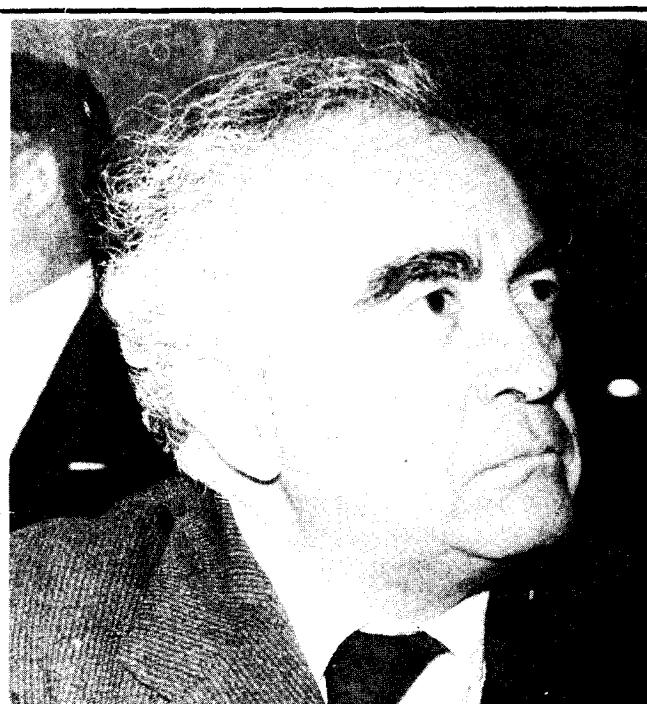
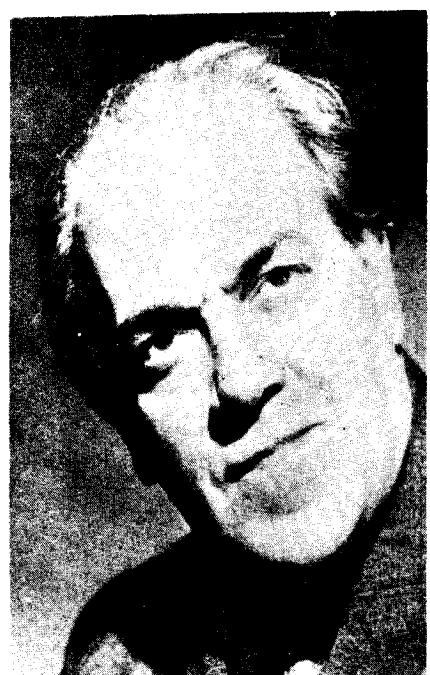
todavía más vigorosas, más vehementes, más incisivas —sin faltarles suavidades que sazonan y dulcifican sus vigores— que las maternas de Europa, gracias a la asimilación, tanto en lo mexicano como en lo brasileño, de valores telúricos, tropicales, ecológicos, amerindios, africanos y orientales, que tanto las han enriquecido. Además, fue en México y Brasil que, en días remotos, comenzó a surgir una medicina y una farmacopea hispanotropical.

Somos dos naciones en camino de ser potencias, en las que el prejuicio de raza, cuando existe, no llega a perturbar con su virulencia la tendencia mayor que existe y que es la que nos está llevando a la mezcla de razas y a la valoración creciente de las personas de color y de los elementos indígenas y mestizos. Por todas estas coincidencias de comportamiento nacional, desdoblado en transnacional, somos naciones —repitámoslo— particularmente afines: en su modo de ser hispánicas en los trazos fundamentales que las transformaron, a una a través de la colonización española, y a la otra mediante la portuguesa, y a entrabbas por medio de un espíritu nacional precoz, en el cambio a naciones de hechura moderna.

A las afinidades ya señaladas, no se deje de agregar la importantísima de que los mexicanos y los brasileños están desarrollando religiones sincréticas, compuestas, mixtas y cósmicas, de las cuales la de mayor dimensión es el propio cristianismo o catolicismo de origen ibérico, que entre nosotros está creando nuevas expresiones artísticas y místicas, asimilando —que lo diga si no el arte cuzqueño del Perú— y volviendo a asimilar la herencia europea, con influencias de indios americanos o de negros, y volviéndose, ellas también, en lo que es posible que Vasconcelos estuviera de acuerdo en denominar nuevas afirmaciones del espíritu cósmico, inseparable del telúrico, aunque aparentemente antagónico, de nuestras gentes. Lo que ocurre también y con repercusión mundial, con



Heitor Villa-Lobos



Carlos Chávez

la música, pues Brasil y México han dado al mundo los dos compositores quizá más creativos de las Américas, en particular, y del moderno mundo hispánico, en general: Villa-Lobos y Chávez. Y lo que sucede con la religión y la música en mexicanos y brasileños, como si hubieran nacido de nuevo cultural y hasta físicamente en los trópicos, como si amaneciesen en esos nuevos espacios, sin repudiar orígenes europeo-hispánicos, sucede con lo que puede decirse ya que es una ciencia, una filosofía de la vida, una sociología de situación, una antropología existencial, sector —la antropología, en la que tanto se distinguió el mexicano Manuel Gamio, un discípulo, como yo, del gran maestro que fue Franz Boas— del que sus innovaciones se están recibiendo como válidas y merecedoras de ser seguidas por los europeos, aun en grandes centros clásicos de cultivo de esas filosofías y esas ciencias, como lo son la Sorbona y la Universidad alemana de Munster.

En todos esos centros, José Vasconcelos es proclamado y se le está reconociendo quizá más que a cualquiera otro hispanoamericano en el plano literario, tanto como a los consagrados desde años antes, como el centroamericano Rubén Darío y la chilena Gabriela Mistral, como un maestro, un innovador, un precursor. La obra que realizó ese mexicano, al mismo tiempo extraordinario y representativo, honra no sólo a su país, sino también a todo el mundo hispánico en su conjunto. Es una obra de pensamiento humanístico y de arte literario, en la que al diseño universalista se une el cuño mexicano, en particular, y también el panhispánico. Se puede afirmar que sólo un mexicano, sólo un hispanoamericano, sólo un hispano, hubiera podido producirla tan matinal y tan nueva en sus ímpetus antropo-humanísticos. Si Dilthey afirmó que el español Vives debe ser considerado como el fundador de la antropología moderna, otro Dilthey podría decir, hoy, que Vasconcelos renovó, en nuestros días, la educación para las naciones en desarrollo, sobre bases sociales ampliamente sociológicas, y podría añadirse, empleando una palabra muy en boga, que también ecológicas.

Pensando en términos del mejor universalismo, del mejor humanismo, del mejor transnacionalismo, Vasconcelos fue al mismo tiempo un mexicano muy de México y un hispano inconfundiblemente hispánico. Combinación ideal. Todo hombre de pensamiento creador es lo que fue: un hombre de su cultura nacional o de la transnacional, cuyo pensamiento se afirma como el de los que nacen o amanecen predispuestos a universalizarse. Vasconcelos, de mexicano pasó a ser hispano, y de hispano a magníficamente universal.

Somos los hispanos de ahora, en el mundo de hoy, una gran comunidad a cuyos componentes, diversamente nacionales y autónoma-mente nacionales en sus políticas y economías más específicas, como políticas y economías no faltan motivaciones comunes y perspectivas de solidaridades futuras que desde ahora los unen. Que los hacen ya solidarios. La época parece favorecer precisamente eso: las comunidades transnacionales. Es lo que busca la moderna Europa occidental, por medio del Mercado Común en la economía y de la Alianza Atlántica en política. Y lo que busca, con una ideología ya postmarxista, más como instrumento plástico de acción que como fin absoluto, el mundo eslavo dinamizado por Rusia. Es en lo que procura afirmarse la enorme China, tan dividida hasta hace poco tiempo. Es lo que ya instituyó para varios efectos prácticos y para no pocas realizaciones solidariamente culturales, el mundo anglosajón.

Al mundo hispánico, del que México es uno de los líderes más vigorosos, no le faltan bases para desenvolverse en una comunidad transnacionalmente hispánica que hasta en la política y la economía —por no hablar de la cultura servida por dos grandes lenguas comunes, la castellana y la portuguesa, y por tres o cuatro menos generales, pero igualmente valiosas e hispánicas— se articule en un sistema de actuación dentro y fuera de sus fronteras y en el que sin extinguirse las semejanzas superen a las diferencias, unidas sin sacrificio de la universalidad, sin sacrificio siquiera de la tendencia a ser al mismo tiempo una y plural, que ha sido siempre tan de los hispanos.

En conferencia pronunciada en la Universidad de San Marcos en el Perú, tuve la oportunidad de sugerir la elaboración de una historia transnacional de las Américas hispánicas —esto es, las de origen portugués y español—, en la que se tomaran en consideración las coincidencias del sentir y el pensar de sus élites, así como las tendencias de comportamiento de sus poblaciones prenacionales y nacionales en general. Sería un trabajo de cooperación, para el que se convocaría a historiadores, antropólogos y sociólogos de todas las naciones hispánicas. Si bien es cierto que existen notables obras de carácter histórico tan general como la de Francisco García Calderón y la del mexicano Carlos Pereyra —ambos ilustres autores por su erudición y su inteligencia—, son obras de autores individuales. Y lo que se necesita son obras colectivas en las que se reúnan testimonios de intelectuales de los diversos países hispanoamericanos para que con sus respectivas y diferentes perspectivas nos den bases más amplias para el desenvolvimiento entre nosotros, hispanos de

América, de una noción más precisa de la unidad que hay en el conjunto que formamos y de lo que tiene de valor universal o cósmico —como diría Vasconcelos— en las culturas, las artes, las ciencias, los estudios, los comportamientos, etc., de las gentes que constituyen el mismo conjunto.

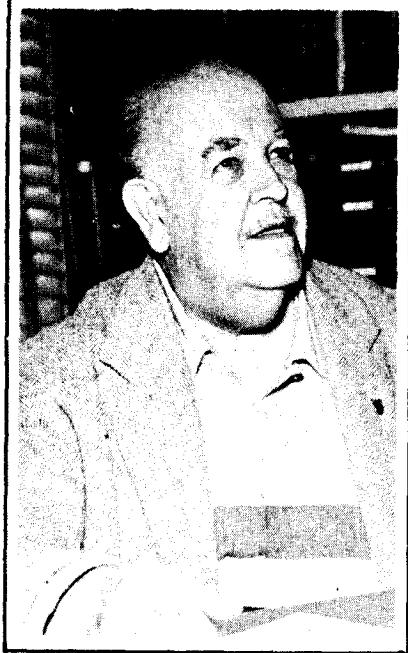
Posteriormente amplié la idea en Buenos Aires y en universidades europeas, incluso en un curso impartido en la Universidad de Salamanca: la historia así concebida no sería sólo la comparada de las naciones que forman el conjunto hispanoamericano, sino la de todas aquellas naciones y casi naciones que forman, con las dos naciones hispánicas maternas, el conjunto de poblaciones y culturas marcadas desde su origen y en sus funciones por la presencia o la influencia hispánica y que hoy constituyen todo un vasto mundo hispánico.

Vuelvo aquí, a la sombra del nombre glorioso de José Vasconcelos, a insistir en la misma idea, seguro de que el insigne pensador mexicano la aprobaría, y también seguro de que otros José Vasconcelos —que México los ha tenido de modo espléndido, incluyendo a ilustres humanistas como lo fue Alfonso Reyes, mi querido amigo que estuvo como embajador en Brasil—, la acogerían con la autoridad de su prestigiosa intelectualidad.

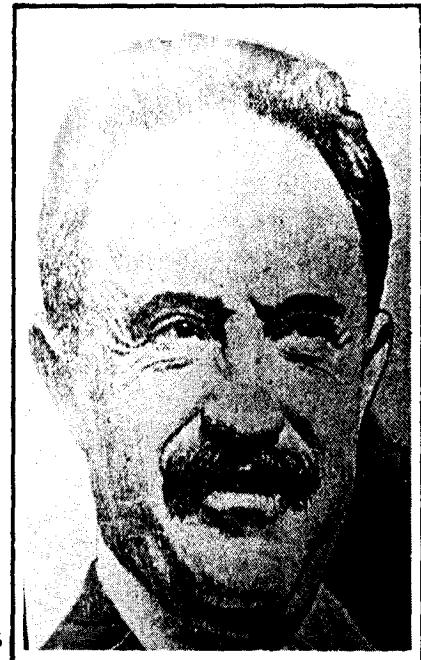
Para que se acentúe en el mundo de hoy, tan dividido por odios de razas, de clases y hasta de religiones, el sentido cósmico del pensar, del sentir, del actuar hispánico o más bien de la civilización hispánica en su unidad, es preciso que el conjunto de poblaciones de esta civilización en gran parte vigorosas y lúcidamente mestizas, en un desmentido cada día más evidente de la idea de sociólogos como el francés Gustave Le Bon y el argentino Alberdi —en este punto deficientes— de que el mestizo es necesariamente un inferior biológico, se ratifique su protesta con su armoniosa combinación de la unidad con diversidad. El llegar a esta fase antes que a la cósmica, no significa que se desconozca lo superior de lo cósmico según la concepción de Vasconcelos, sino una preparación más objetiva hacia lo cósmico a través del panhispanismo.

Esa historia de las gentes y las culturas hispánicas sería base para tal preparación. Sería una historia nueva por su amplitud y profundidad, de un grupo de naciones afines que necesitan afirmar sus afinidades ante un mundo tenso y dividido; y al mismo tiempo sería un manifiesto de voluntad solidaria.

Constituidos en una comunidad y un sistema, aunque abierto, de culturas característicamente hispánicas en sus bases y en los desig-



Alfonso Reyes

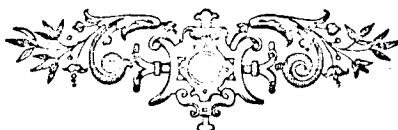


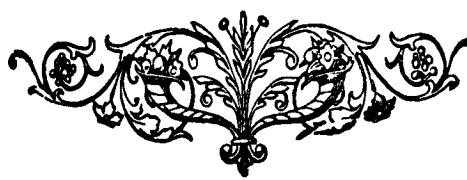
José Vasconcelos

nios que las identifiquen con la originalidad, no precisaremos, los hispanos, de que los no hispanos, en ese entonces quizá todavía superiores a nosotros por su poder económico o sus avances tecnológicos, nos amparen con sus generosidades o nos favorezcan con sus condescendencias. El mundo hispánico no tardará mucho en hacer despertar el respeto y el aprecio de los no hispánicos, ya sea por el desarrollo económico o por los perfeccionamientos tecnológicos que llegue a alcanzar en unas cuantas décadas, o por el hecho de que la automatización creciente, que tiene como consecuencia la de dejar cada vez más tiempo libre para el disfrute, convierta a los no hispánicos, hoy superdesarrollados económica y tecnológicamente, en una especie de maestros de la pereza y hasta del ocio. Obsérvese que en tanto que en algunos pueblos superdesarrollados de hoy es considerable el número de suicidios, generados por no saber la gente qué hacer con su tiempo libre, lo cual tradicionalmente entre ellos es considerado pecaminoso por la influencia calvinista, los hispanos sabemos llenar nuestras vidas con el solo goce del arte del vivir, no de matar el tiempo, sino de convertirlo en vida, existencia de felicidad, alegría, arte, danza, música, religión, convivencia, solidaridad, mística, todo lo cual es una sabiduría que el mundo va olvidando y que necesitará desesperadamente. Con nuestros reiterados días de fiesta, tan ridiculizados por muchos no hispanos, adeptos al "time is money"; con nuestros "mañana" y hasta "pasado mañana", con nuestros "tenga paciencia", con que a veces irritamos a los progresistas absolutos, estamos construyendo, los hispanos, una civilización diferente de las otras, por lo que en ella es un sentido del tiempo —ya procuré sugerirlo en una obra

escrita en inglés y traducida al alemán— favorable por su lento fluir a la creatividad artística, al trabajo intelectual, a las propias investigaciones científicas, sin que falten a lo que ya es pasado en esa civilización de ritmos más pausados que acelerados, expresiones avanzadísimas como lo son, en términos escueta y modernamente urbanos, las de Barcelona, Río, la Ciudad de México, Buenos Aires, Sao Paulo y Brasilia, y en el urbanístico en general el comienzo de la vía transamazónica, la victoria sobre la fiebre amarilla, los trabajos precursores en la lucha científica contra el ofidismo, la realización de grandes presas y las penetraciones cada vez mayores en las selvas, la paz en las relaciones entre los pueblos hispánicos. Paz y solidaridad.

Con esos avances se afirma el comienzo sólido, real, positivo, de un sistema panhispánico de vida y cultura, inclusive de economía y, posiblemente, de política, del cual —repitámoslo— tiende a surgir aquel mundo todavía un tanto utópicamente cósmico, pero sin duda posible, con el que soñó Vasconcelos, a través de una raza que en vez de estar cerrada como tal, fuese marcadamente cósmica. Es posible llegar hasta allá. Pero la base es una afirmación panhispánica cada día más fuerte de los valores supraraciales de vida y de procesos de convivencia que el mundo hispánico comienza a reunir y en el que lo muy humano, lo comprensivamente social y hasta lo quijotescamente ideal, corrigen los excesos de otras tendencias de modernas civilizaciones no hispánicas, de economismos, de tecnicismos, de cronomatismos, para no hablar del purismo étnico, perturbador como el segregacionismo en clases rígidas. Pero la base, debe insistirse, está en una efectiva y creciente solidaridad humana.



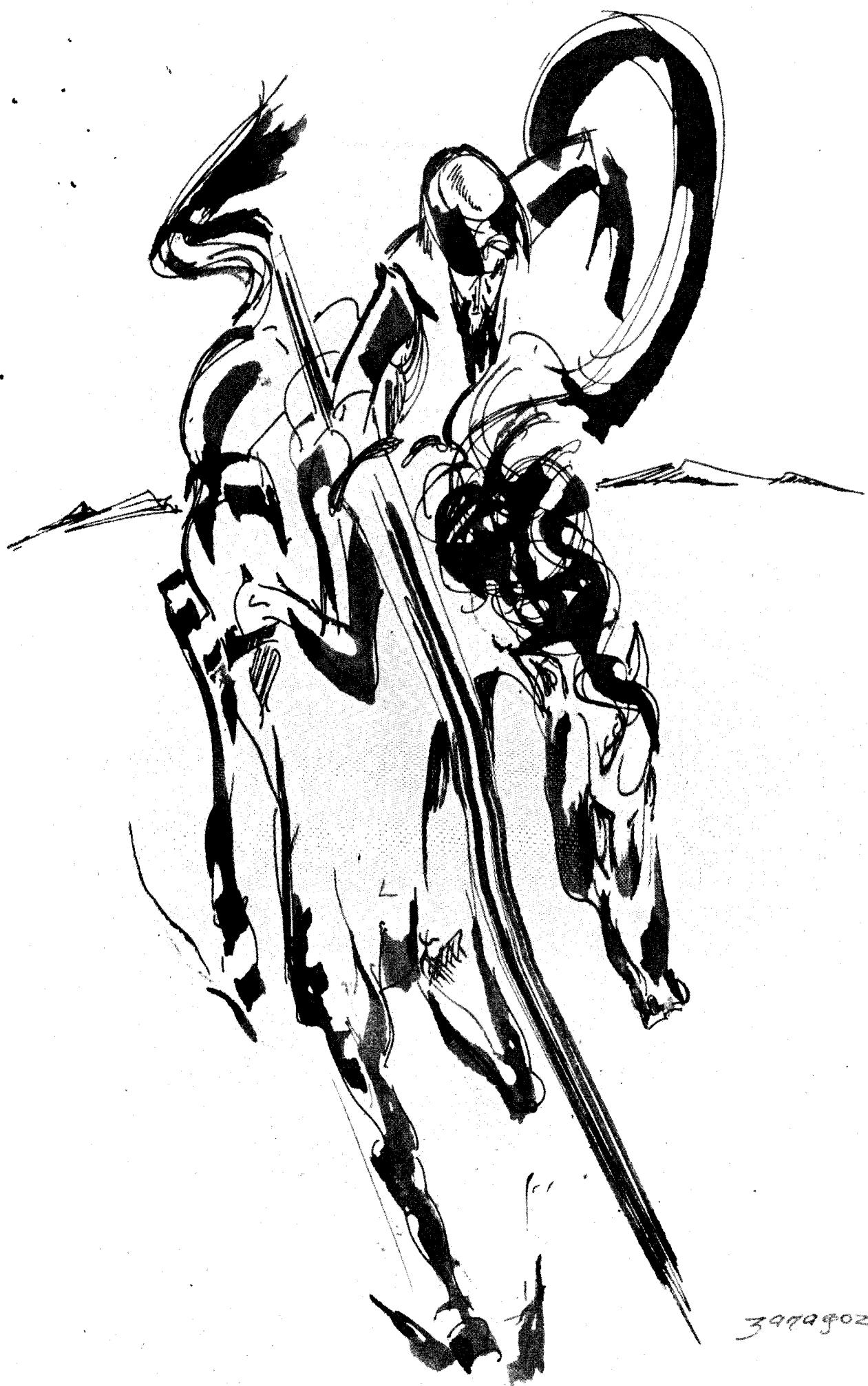


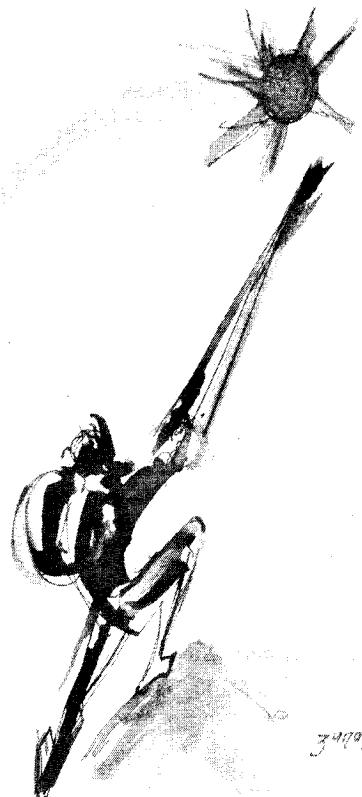
# PROCEDENCIA Y PROCEDER DINAMICOS DE LOS PUEBLOS HISPANICOS

Fredo Arias de la Canal



39909029.





Si aceptamos la conservación de tales huellas mnemónicas en nuestra herencia arcaica, habremos superado el abismo que separa la psicología individual de la colectiva, y podremos abordar a los pueblos igual que al individuo neurótico.

Sigmund Freud  
Moisés y monoteísmo, 1937.

En Américo Castro y la dinámica española (Norte No. 250), reflexioné sobre ciertos aspectos que, a manera de denominador común, conforman el nódulo de las obras de Cervantes, Ortega y Castro; no siendo otro este nódulo que el de la filosofía volitiva, que muy a mi regocijo se ha mantenido tradicionalmente a pesar de los varios siglos de oscurantismo inquisitorial y dogmático que sufrió nuestra cultura. El hecho de no haberse roto el hilo del pasado cultural dinámico de los pueblos que hoy constituyen la sociedad hispánica mundial, podemos considerarlo como un evento de la mayor trascendencia. Quiero, además, enfatizar la importancia del krausismo dentro de esta problemática dinámica, del cual opinó Castro lo siguiente en *La realidad histórica de España*:

"He ahí, según pienso, el motivo último del éxito del pensamiento krausista en España: la llamada, la iniciación a poner en movimiento la espontaneidad de la conciencia personal, a hacer de cada persona una especie de artista creador y rector de su propia vida. Lo que sea y valga la filosofía de Krause no es tema de mi incumbencia; pero sí me importa hacer visible el punto en que entronca con la tradición de vida que he venido exponiendo en las precedentes páginas. Los anarquistas revolucionarios (los descritos por Blasco Ibáñez en *La bodega*) no tenían, en la práctica, nada en común con pensadores novecentistas tales como Pi y Margall, Giner o Costa; ambos movimientos, sin embargo, significaron una retracción al único firme refugio que había quedado intacto y seguro tras la ruina de todo valor estimable en la sociedad española."

Debemos de aceptar que el más grande valor ético de nuestros antepasados —hayan sido éstos ilirios, ligures, astures, cántabros, caristios, vándulos, tartesios, celtas, iberos, vascones, romanos, fenicios, griegos, cartagineses, godos, árabes, judíos o gitanos— fue de carácter puramente volitivo; carácter que representa dramáticamente la lucha que ha librado el hombre, durante el transcurso de los siglos, para defenderse contra el medio natural del que, precisamente, surgió como el ser más inteligente del proceso millonario de la adaptación orgánica al medio telúrico.

El hombre, cualquiera que haya sido su procedencia cultural, que se adaptó al medio adverso del solar que hoy conocemos con el nombre poético de Península Ibérica, fue un hombre extraordinario, anormal o psiquiátricamente neurótico. Existe una serie de huellas históricas que han hecho reflexionar a los eruditos en este sentido, pues estos eminentes estudiosos de nuestro pasado lo han advertido como extrañas conducciones, anomalías que hoy puede dilucidar la ciencia psicoanalítica. Ramón Menéndez Pidal, en *Los españoles en la Historia*,<sup>1</sup> nos dice en el capítulo II, *Idealidad*, con el subtítulo *Más allá de la muerte*, lo siguiente:

"Entre las notas singulares que los autores de la antigüedad nos transmiten como propias de los pueblos hispanos, Tito Livio refiere que cuando los **iberos del norte del Ebro** fueron por Catón constreñidos a desarmarse, muchos se suicidaron, pues, en su fiereza, tenían por nada la vida sin las armas. Estrabón, como muestra de ferocidad, cuenta que en las guerras cántabras las madres mataban a sus hijos antes que consentir que cayesen en poder de sus enemigos; un muchacho cuyos padres y hermanos estaban prisioneros, amarrados, los mató a todos por orden del padre, e igualmente una mujer mató a sus compañeras de cautiverio. Estrabón, como

<sup>1</sup> Castro advirtió el error común de caracterizar a todos nuestros antepasados con el nombre genérico de españoles.

hombre de civilización ya decadente, no ve en esto sino la parte de la barbarie; pero apunta otros rasgos en que el desprecio a la muerte tiene un carácter de elevado altruismo: la famosa **devotio** ibérica, fiel consagración a un jefe con el compromiso de dar la vida por él, o el hecho de que los prisioneros cántabros, crucificados, morían entonando himnos de victoria. Como carácter general de los hispanos, nota Trogó Pompeyo que tienen el cuerpo dispuesto para la abstinencia y el trabajo (**corpora ad inediam laboremque, animi ad mortem parati**); frecuentemente se les vio morir en los tormentos por guardar un secreto, prefiriendo el silencio a la vida. Y Tácito, un siglo después que Trogó, da de eso un caso particular, el del rústico arévaco<sup>1</sup> de Tiermes que muere en la tortura gritando su negativa a revelar el nombre de ciertos conjurados.

"La vida no es el supremo bien. El antiguo hispano pierde la vida con entusiasmo patriótico, como los cántabros en la cruz y los numantinos en suicidio colectivo; la pierde por cumplir los altos deberes de fidelidad, no sólo individual, sino también ciudadana e internacional, como en el sacrificio de Sagunto. En estos y en los demás casos no sabemos concretamente a qué principios religiosos, políticos o sociales responde ese preferir la muerte a otros daños, sobre todo a la pérdida de la libertad. Pero en todo vemos latir algo análogo al pensamiento estoico. Séneca exhorta al suicidio como una liberación; la muerte no es nada temible, es el fin de los males y el comienzo de la verdadera libertad en lo eterno."

Las personas familiarizadas con los métodos freudbergleristas de psicoanálisis, saben muy bien que las adaptaciones inconscientes a la idea de morir, como las ahora expuestas, son formadas ya sea por adaptaciones infantiles tempranas o por traumas de guerra, y según los últimos descubrimientos psiquiátricos, también por transmisión cromosómica, o sea, por herencia: después de tres generaciones de guerreros o de neuróticos tanáticos surge de acuerdo a esta teoría, una cuarta generación adaptada de nacimiento.<sup>2</sup>

Freud en **Moisés y monoteísmo** (1937), dio la debida importancia al fenómeno hereditario:

"Las impresiones de los traumas precoces, que fueron nuestro punto de partida, nos son trasladadas a lo preconsciente, o bien son vueltas rápidamente al ello por la represión. En tal caso, sus restos mnemónicos son inconscientes y actúan desde el ello. Creemos poder perseguir fácilmente su destino ulterior, siempre que se trate de experiencias personales del individuo. En cambio, surge una nueva complicación cuando nos percatamos de que en la vida psíquica del individuo no sólo actúan, probablemente, contenidos vivenciados por él mismo, sino también otros ya existentes al nacer; es decir, fragmentos de origen filogénico, una herencia arcaica. En tal caso tendremos que preguntarnos: ¿En qué consiste esta herencia, qué contiene, cuáles son las pruebas de su existencia?

<sup>1</sup> [Los arévacos, tribu celtíbera, que habitó en la actual provincia de Soria. Su capital era Numancia. Trad.]

<sup>2</sup> Lo último en psiquiatría. Hugo Rosen, M.D.

"La primera y más segura respuesta nos dice que esa herencia está formada por determinadas disposiciones, como las que poseen todos los seres vivientes. En otros términos, consta de la capacidad y la tendencia a seguir determinadas orientaciones evolutivas y a reaccionar de modo particular frente a ciertas excitaciones, impresiones y estímulos. Dado que la experiencia nos demuestra que los individuos de la especie humana presentan, al respecto, diferencias entre sí, esa herencia arcaica debe incluir tales diferencias, que formarían lo que se acepta como factor constitucional del individuo. Ahora bien, como todos los seres humanos experimentan, por lo menos en su más temprana edad, más o menos las mismas vivencias, también reaccionan frente a éstas de manera uniforme, pudiéndose plantear la duda de si no habría que atribuir estas reacciones, junto con todas sus diferencias individuales, a la mencionada herencia arcaica. Esta duda debe ser desechara; la circunstancia de dicha uniformidad no enriquece nuestros conocimientos sobre la herencia arcaica."

Lo que ahora nos preocupa, es el hecho de que el impulso volitivo que ha caracterizado a nuestros antepasados, no es otra cosa que una defensa condicional contra la adaptación inconsciente a la pasividad y a la muerte, que diría así: "Yo no soy pasivo ni deseo morir; al contrario, yo mato para defenderme de la pasividad (pérdida de libertad)."

Claudio Sánchez Albornoz, en el tomo I de su obra **Orígenes de la nación española**, referente a **El reino de Asturias**, puso a guisa de liminar las palabras de Tito Livio:

"Hispania, no como Italia, sino como parte alguna de la tierra, era a propósito para hacer y rehacer la guerra, por la naturaleza del país y de sus habitantes."

Nos dice Castro en **La realidad histórica de España**, que Justino uniformiza en una engañosa síntesis a los habitantes de Iberia, al decir:

"Están hechos a sufrir privaciones y trabajos; sus ánimos desafían la muerte; son todos de suma sobriedad; prefieren la guerra a la paz, y si falta enemigo de fuera, lo buscan en su tierra."

En la misma obra cita Castro a Valerio Máximo, quien en sus **Hechos y dichos memorables**, refiere:

"los celtíberos juzgaban que era maldad quedar vivos en batalla, si moría aquél por cuya salud habían ofrecido la vida".

Mil y quinientos años después de haberse escrito estas sentencias, un hidalgo extremeño que fundó una nación que a estas alturas todavía se niega a reconocerlo como padre de la patria, le decía a sus derrotados soldados:

"Nunca hasta aquí se vio en estas Indias y Nuevo Mundo, que españoles atrás un pie tornasen por miedo, ni aun por hambre ni heridas que tuviesen... porque nunca el español dice a la guerra de no, que lo tiene por deshonra y caso de menos valer."

Estos impulsos guerreros se internaban en forma de autoagresión cuando no se lograba vencer al enemigo y se caía en cautiverio; mas lo que nos da un testimonio clave del gozo inconsciente en la idea de morir, fue la

provocación que a manera de pecado original, suscitó Numancia sobre Roma, al negarse a entregar a los exiliados celtíberos que en aquella ciudad se habían refugiado después del asesinato de Viriato, provocación que le costó su exterminio.

En el prefacio a *La realidad histórica de España*, dice Américo Castro:

"La complejidad y, hasta hace poco tiempo, la impopularidad de mis puntos de vista, hizo necesario reiterar e insistir en ellos con un fervor más que el habitual. Cuando se desea iluminar y aclarar un objeto extraño y de facetas múltiples, es preciso mostrarlo en todas sus diferentes y frecuentemente opuestas fases, haciéndolo girar, una y otra vez, ante los ojos de los observadores, hasta que llegue a ser inteligible para ellos."

Así como Castro usó de la tautología y de testimonios históricos irrecusables, para que esta generación hispánica se quitara los velos impuestos por un mito nacional adaptado a la unificación religiosa y política de los diversos grupos castizos enclavados en el imperio castellano, así también es menester enfatizar que la conducta histórica de nuestros ascendientes obedeció a sus adaptaciones inconscientes a la muerte; adaptaciones adquiridas desde muy remotos orígenes y que, evidentemente, han sido trasmisidas por espacio de varios miles de años a las generaciones presentes. ¿Puede alguien dudar de que todavía tenemos una fuerte proclividad por los hechos sangrientos?

Castro nos convence de que Roma le dio una conformación política al territorio hoy español y portugués, y prueba de ello es que hablamos lenguas derivadas del latín. También nos convence de que después de setecientos años de civilización romana, pocos fueron los vestigios que quedaron de culturas anteriores, los que en algunos casos sólo han llegado hasta nosotros como muda arqueología conocida a través de Roma. Tal aconteció con lo ibérico. Pero a pesar de reconocer que España fue básicamente romana durante siete siglos, visigótica-romana trescientos años y mudéjar otros setecientos, no puedo sustraerme a la idea que Sánchez Albornoz esboza en su obra citada:

"Sería no obstante desfigurar la realidad, atribuir a la romanización una acción decisiva en la mudanza del talante ancestral, de la psique, de las inclinaciones pasionales, del estilo de vida de las gentes que habitaban en el que llegó a ser primitivo solar del reino de Oviedo."

Mas debemos de advertir que estas características conduccionales no son privativas de nuestros antepasados, pues muchos otros pueblos, como los griegos de *La Iliada*, tenían ya en altísimo concepto el de la honra, tan emparentado con el suicidio y la osadía, por lo que lo del "talante ancestral", además de una herencia genética podría ser una emulación de los hechos gloriosos o estoicos del pasado. Al respecto nos dice Sócrates en *Protágoras*:

"Y cuando el niño aprende las letras y empieza a comprender lo que está escrito, como antes comprendía lo que se hablaba, le ponen en sus manos los trabajos de grandes poetas que lee en su banca escolar. Estos

contienen muchas admoniciones, dichos y apologías, encomiando a los famosos antiguos, cuyos hechos debe aprenderse de memoria para que los imite y desee llegar a ser como ellos."

El coloquio entre Puertocarrero y Cortés cuando se dirigían hacia San Juan de Ulúa, confirma el deseo de emular a los héroes:

Dijo Puertocarrero: "Parécheme, Señor, que os han venido diciendo estos caballeros:

Cata Francia, Montesinos  
Cata París la ciudad  
Cata las aguas del Duero  
Do van a dar a la mar.

y yo digo:

Mirad bien las tierras ricas  
Y sabeos gobernar."

A lo cual respondió Cortés:

"Denos Dios ventura en armas  
como al paladín Roldán..."

Cuando Zaragoza sufrió en 1809 el asedio de las tropas francesas el general Palafox, su defensor, ordenó con sumo acierto que se representara *La Numancia* de Cervantes dentro del recinto sitiado, de suerte que los españoles del siglo XIX pudieron contemplar cómo un pueblo había sabido morir por la libertad. El relato del sitio de Tenochtitlán enardecerá aún hoy en día a las gentes que se identifiquen cristiana y masoquistamente con Cuauhtémoc.

\* \* \*

Otra de las defensas pseudoagresivas que ha desarrollado el ser peninsular, es esta: "Yo no deseo ser pasivo, muriendo; al contrario, deseo ser famoso matando." Veamos lo que sobre la fama nos dice Menéndez Pidal en su obra citada:

"Lo mismo que en la oscuridad de los tiempos primitivos, en la claridad de los tiempos modernos hallamos persistente el dicho de Trogó: *animi ad mortem parati*. La muerte es aceptada como el comienzo de un sobrevivir en otra vida superior.

"En el umbral de la época de mayor plenitud histórica española, Jorge Manrique<sup>1</sup> enuncia la distinción de las tres vidas como serena consideración ante la muerte: la vida temporal, perecedera; la vida de la fama, más larga y gloriosa que la corporal; y la vida eterna, coronación de las otras dos. Pues estas dos vidas posteriores a la muerte, las siente todo español, y las ha sentido siempre con viveza característica, según aparece en contraste con el modo de pensar de otros pueblos hermanos.

"En cuanto a la segunda vida, la de la fama, es de gran interés observar cómo la ideología del soldado español choca con la del italiano en las primeras polémicas entabladas entre los capitanes de uno y otro pueblo que se hallaban al servicio de Alfonso V de Aragón. Tenemos memoria de una de estas conversaciones ante el Rey Magnánimo en 1420. Los españoles reprocharon

<sup>1</sup> [Jorge Manrique (1440-1478), caballero de la Orden de Santiago, muy mezclado en las luchas políticas al comienzo del reinado de los Reyes Católicos. Su obra capital como poeta es la elegía *Coplas por la muerte de su padre*, 1467, famosas aun hoy en España. Trad.]